



# OLÉ-OLÁ

## LECTURAS COLOCOLINAS PARA TIEMPOS DE ENCIERRO

**GOL TRIS7E**

★ EDICIONES ★

## **OLÉ-OLÁ**

### **Lecturas colocolinas para tiempos de encierro**

Durante el aniversario 95 del club, en el marco de la pandemia de Covid-19

Selección de textos: Pavel Piña

Edición: Álvaro Campos Q.

Diseño y diagramación: Gina D. Adasme

Corrección de textos Daniela Molinet

Memes de hurones: Christian Álvarez

Creative Commons.



(CC BY-SA 4.0)



**GOL TRISTE EDICIONES** es una editorial independiente dedicada a publicar y difundir la literatura colocolina y deportiva. Síguenos en nuestras redes sociales:



@GolTriste



@GolTriste



/GolTristeEdiciones

## **Prefacio**

### **I Introducción**

Olé-olé, olé-olá: el Colo-Colo va a ganar

### **II Dialéctica arellanista**

Conciencia de socio

### **III Contemos todos**

Danielito — *Augusto Espinoza*

Compañero de esta vida — *Pablo Díaz de Valdés*

El Monumental es mi casa — *Álvaro Campos*

El concho — *Víctor Hidalgo Mora*

El extraterrestre de la 7 — *Leopoldo Bustos*

Crónica de un viaje a arellanizar — *Nicolás Henríquez Pizarro*

### **IV Anecdótico Rosario Moraga**

Desde broca que mi padre me enseñó esta pasión — *Antonia Domoaukafe*

Fútbol y vida — *Ailesor Agazinum*

La herencia — *Janis Quinchavil Santis*

Ni sumisas ni devotas: colocolinas, libres y locas — *Josefina Hartard*

Colocolinizar — *Carolina Sepúlveda*

Trilogía — *Carola Muñoz*

## **V Colocolino**

¡Vámonos, Quiñones!

El Gol Triste

Sueño 9: Lennon colocolino

Informe de una década

## **VI Aunque nos digan**

Reflexiones sobre la construcción del «otro» — *María Emilia Tijoux*

## **VII Anexos**

Un pelotazo en la cara

Colo Colo Empanadas — *Jaime Liencura*

¿Quiénes son Chile?

90 años desde fuera

## **Agradecimientos**

«Lo único que sé es que en este mundo hay plagas y víctimas,  
y que hay que negarse, tanto como le sea a uno posible,  
a estar del lado de las plagas.»

ALBERT CAMUS, *La peste*

«Tercero: Considerar siempre al contendor  
como el más temible de los adversarios que se haya presentado  
y desarrollar el máximo de juego ante él.»

DAVID ARELLANO, *Siete mandamientos colocolinos*



# Prefacio

Desde varias plataformas han surgido iniciativas para evadir el encierro y aprovechar el tiempo que muchos no han tenido más opción que pasar en sus casas. Quisimos hacer un aporte en estos días tan extraños para que, más allá del teletrabajo y las restricciones sanitarias, podamos seguir reuniéndonos en torno a Colo-Colo.

Es por esto que ponemos a disposición de nuestra gente algunos extractos del trabajo que hemos venido haciendo estos años. Seleccionamos algunos textos que nos parece que pueden llegar a ser de interés. Este material fue publicado tiempo atrás, en libros que hoy están agotados y en

cuyas reimpresiones o reediciones estamos trabajando. También sumamos algunos textos que no han encontrado su rumbo hacia la página escrita, quedando hasta ahora simplemente como publicaciones en redes sociales.

Esperamos que sean de su agrado y que sientan la confianza de compartirlos, si quieren. Ya son suyos para lo que se les antoje.

Un gran abrazo y hasta la próxima.

*Gol Triste Ediciones*

# I Introducción

## **Olé-olé, olé-olá: el Colo-Colo va a ganar**

Barti nació en Avellaneda el primer día de 1967, el año del equipo de José. Un tío racinguista lo hizo hincha de la Academia, que ese año fue campeón del mundo.

Y ya lo ve, y ya lo ve,  
es el equipo de José.

De *La marcha peronista* sabemos que el nombre oficial es *Los muchachos peronistas* y que se grabó en 1949 para un aniversario del 17 de octubre, Día de la Lealtad. Aunque

está registrada como anónima, se sabe que sus autores se basaron en una murga que, a su vez, provenía del himno de un club de fútbol del barrio de Barrancas. Más allá de su prehistoria, la marcha fue todo un éxito gracias a su pegajosa melodía. El coro dice:

¡Perón, Perón, qué grande sos!  
¡Mi general, cuanto valés!  
¡Perón, Perón, gran conductor,  
sos el primer trabajador!

La ciudad de Avellaneda tiene reconocida raigambre peronista, y el estadio de Racing, El Cilindro, se llama oficialmente

José Domingo Perón y tiene su busto en el hall. Sin embargo, tras el golpe militar de 1955, con Perón en el exilio y el justicialismo prohibido en Argentina, fue la barra de Boca Juniors la que comenzó a cantar esa melodía, con una letra que escondía su intención original, o la resignificaba:

Y dale Bo, y dale Bo,  
y dale Bo, y dale Bo,  
y dale Bo, y dale Bo,  
y dale Boca, dale Bo.

Más tarde, se utilizó para celebrar campeonatos: un «dale campeón» que también se popularizó en Chile. De este lado de la cordillera el cántico de estadio llegó en su versión más breve: 7 compases de 2/4 en vez de 15 (4 «dale campeón» en vez de 8). También es más simple la melodía: cantamos las primeras doce notas iguales, antes de la

descendente línea de las cuatro notas finales que resuelven todo para volver a comenzar.

Colo-Colo jugaba de local en el Estadio Nacional, y las notas que repetían las voces podían ser replicadas sin dificultad por trompetas de plástico que antes de 2010 nadie llamaba vuvuzelas. Decíamos «dale, campeón», y decíamos «somos campeones otra vez», pero cuando enfrentamos a nuestros rivales, la melodía nos sirvió para preguntarnos «a dónde están, que no se ven», y durante nuestra propia Dictadura, la usamos para aventurar el «y va a caer». En las protestas lo cantaban voces, pitos y bocinas de autos.

Hasta que un día, sin darnos cuenta, estuvimos ante el nacimiento de un tremendo exitazo de nuestra cultura popular: el «hueón, hueón» es fácil, elemental, al callo. Dice mucho en muy

poco tiempo, y con una sola palabra.

En una ráfaga de bocinazos que es la versión chilena de la clave Morse, un automovilista le manifiesta a otro su molestia y reproche. En las salas de clase de los colegios, hasta nació una apócrifa primer estrofa:

Por ser así, tan especial,  
le dedicamo' esta canción:

En las tribunas del estadio también se canta «hueón, hueón» cuando alguna ocasión lo amerita, tal como se cantó «y va a caer» cuando Pinochet lo ameritó.

Pero los colocolinos sabemos que lo primordial en las graderías, en las calles y en nuestros corazones es lo que sentimos por nuestro Club. Y esta melodía, tan polisémica, alcanza su punto máximo de cariño a nuestro equipo cuando desempolvamos

un clásico de todos los tiempos:

Olé-olé, olé-olá:  
el Colo-Colo va a ganar.

Que se hable de «el Colo-Colo» da luces sobre la antigüedad del cántico. Pero lo central es el momento en que aparece.

Precede al triunfo. Es una ola de optimismo cuando vamos perdiendo 2 a 1 pero hay tiempo y el equipo juega bien. Es lo que sentimos cuando un jugador sale de nuestra área y se acerca a mediacanCHA con pelota dominada y opciones de pase, rodeado de una creciente expectación mientras la gente, esperanzada, se va levantando de a poquito de sus asientos. Es precioso, porque nos aúna en un sentimiento colectivo y su honesta simpleza convoca a garreros y familias, a jóvenes y viejos. Todos nos sabemos la letra.

Es una promesa perpetuamente renovada, porque aunque el Colo-Colo pierda, ya volverá a ganar. Es un canto de optimismo, que trae de vuelta a nuestra memoria los puntales de nuestra fe.

En los tiempos más duros, en los partidos más cuesta arriba, en las dictaduras más sangrientas, en los desastres naturales más devastadores. Vamos a volver a salir a flote, vamos a volver a sonreír. Nos volveremos a abrazar.

Colo-Colo celebró su 95.º aniversario de un modo que ninguno de nosotros hubiese presagiado hace unos meses. *Gol Triste Ediciones* quiso hacer llegar este material a los colocolinos de todas partes, cada uno con su propia forma individual de no estar pasándola bien.

A todos ellos les queremos invitar, una vez más, a refugiarse en la lectura y en ese sentimiento que nos reconforta: el amor por nuestro Club. Pero también queremos llevar un mensaje de esperanza en medio de toda esta incertidumbre y dolor.

No estamos solos. La alegría del pueblo nos espera desde el futuro, junto a todos nuestros sueños de un país más justo.

Por ahora, cuidémonos. Querámonos.

Feliz aniversario y que viva Colo-Colo.



# II Dialéctica arellanista

*Dialéctica arellanista* nunca tuvo la finalidad de convertirse en libro, que es como nace buena cantidad de los libros. Una lectura de Marcuse empujó a una reflexión sobre el posmarxista y su relación con lo que se vivía en Colo-Colo. Otra fuente importante fue *Historia y conciencia de clase*, del húngaro Gyorgy Lukács. El concepto de *conciencia de socio* es paralelo a la conciencia de clase que plantea este último.

Fue bajo el alero y la bondad de la editorial independiente Libros del Perro Negro que este documento pasó de ser una publicación en redes sociales a tomar

su forma final. En el texto colaboraron el sociólogo Pablo Pérez y Mauricio Fuentes, miembro del Grupo de Estudios Marxistas. La ilustración de la portada fue de Ricardo Allende, la fotografía de la contraportada fue de Luis Hidalgo y el lanzamiento fue en la Librería Proyección.

A continuación ofrecemos precisamente el sexto capítulo, que habla sobre la conciencia de socio.

## Conciencia de socio

*No se trata de lo que tal o cual proletario, incluso todo el proletariado, considera como fin en un momento dado. Se trata de lo que es el proletariado y de lo que, conforme a su ser, se verá obligado a hacer históricamente.*<sup>1</sup>

Para llevar a cabo un proceso de la magnitud que pudiese ser una «(R)evolución Arellanista», debemos contar con una masa crítica de socios empoderados que estén dispuestos a dar la lucha necesaria. Pero como primer paso, resulta obvio despertar de un extenso letargo, tiempo en que los socios han sido pocos en número e inmóviles en sus acciones.

Este proceso es el de concientización como estamento de la institucionalidad de Colo-Colo, comprendiendo su papel histórico y la necesidad de hacerse cargo de esta

<sup>1</sup> Marx, Karl, citado en Lukács, Gyorgy. *Historia y conciencia de clase*. Grupo de Estudios Marxistas; Quimantú. Santiago de Chile, 2008. 104

responsabilidad. Una vez conscientes de todo esto, «(...)se verá que desde hace mucho tiempo el mundo posee el sueño de una cosa de la cual basta tener conciencia para poseerla realmente».<sup>2</sup> Una vez que nos demos cuenta y seamos un número importante podremos tomar posesión del Club y defenderlo de los que revolotean a su alrededor buscando distintos tipos de beneficios.

La *conciencia de socio* no es la conciencia psicológica de cada socio individualmente o la conciencia psicológica de masa de su conjunto —los hinchas—, sino el sentido, devenido consciente, de la situación histórica del socio. El grado de madurez que alcance esta *conciencia* no debe depender de la victoria o del fracaso en las luchas particulares, sino tener una correspondencia histórica en el momento de nuestro Club.

<sup>2</sup> Marx, Karl en Carta a Ruge, en *Ibid.* Página 61

Hoy, uno de los argumentos más utilizados para no ser socio es la falta de beneficios. En una institución como Colo-Colo esto es comprensible. Tanto la popularidad del Club como el poder y contactos que poseen quienes hoy lo dirigen hacen inverosímil que no se logre generar alianzas con empresas que permitan a los socios acceder a productos y servicios con mayor facilidad. Que no existan beneficios para los socios es la muestra más clara del desinterés de los dirigentes por potenciar su base social, y tras esto existe un objetivo claro. El control absoluto de la institución.

Es cierto que los socios debemos exigir beneficios, sobre todo porque el Club siempre los entregó y hoy no debiese ser distinto. Pero eso es solo una cosa, un adorno, una lucha marginal.

Tenemos que entender que el socio tiene un

rol histórico que asumir independiente de si tenemos o no beneficios. De eso hablamos, finalmente, cuando nos referimos a que debemos plantear el concepto de *conciencia de socio*, una herramienta que nos permita luchar por y para el Club.

«No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es el que determina su conciencia».<sup>3</sup> Es la situación del Club, lo que vivimos como socios, lo que determina nuestra conciencia, es ahí donde debemos poner atención, en que debido al momento institucional que atravesamos, nuestra conciencia se debe alzar con valory decisión en pos de una recuperación de nuestra institución, un proceso que ya comenzó y que debemos fortalecer.

La *conciencia de socio* no es estable, siempre igual a sí misma o en movimiento según

---

<sup>3</sup> Marx, Karl. Prólogo a la contribución a la crítica de la economía política.

leyes «mecánicas». Como planteó el filósofo húngaro Gyorgy Lukács:

Es la conciencia del proceso dialéctico mismo, es también un concepto dialéctico. Porque el aspecto práctico, activo, de la conciencia de clase, su esencia verdadera, solo puede hacerse visible en su forma auténtica cuando el proceso histórico exige imperiosamente que entre en vigor, cuando una crisis aguda la impulsa a la acción. De lo contrario sigue siendo, conforme a la crisis permanente y latente, teórica y latente: plantea sus exigencias a las cuestiones y a las luchas particulares cotidianas como simple conciencia, como suma ideal, según la expresión de Rosa Luxemburgo.<sup>4</sup>

Por una parte, la *conciencia de socio* debe coincidir con la revelación de la esencia de la realidad del Club, por otra, «debe constituir una unidad cada vez más íntima de la teoría la práctica».<sup>5</sup> Para los socios, «su ideología no es un estandarte bajo el cual combata,

<sup>4</sup> Lukács, Gyorgy. *Íbid.* Página 99

<sup>5</sup> *Íbid.* Página 129

ni un pretexto que encubra sus propios fines; la ideología es el fin y el arma».<sup>6</sup> Toda táctica sin principios tiene la posibilidad cierta de fracasar, obligando a los socios a un método de lucha que no corresponde con su realidad, privándolos de sus mejores fuerzas, asignando a su *conciencia de socio* el papel de acompañamiento o de freno para sus mismas aspiraciones, en lugar de la función motriz que le corresponde.

Cuanto más se aproxima la victoria definitiva, más importancia adquiere la conciencia que tiene el socio de su misión histórica, y tanto más determinará con fuerza cada una de sus acciones, porque el socio no puede sustraerse a su vocación. Se trata solamente de saber cuánto tiene que sufrir todavía, antes de llegar a la madurez ideológica<sup>7</sup>, al conocimiento correcto de su situación de socio, a la *conciencia de socio*.

<sup>6</sup> *Íbid.* Página 129

<sup>7</sup> *Íbid.* Página 129 y 135

Con este proceso desencadenado, «el conocimiento se torna acción, la teoría se torna consigna, la masa que actúa siguiendo las consignas se incorpora cada vez más sólidamente, más estable y conscientemente a las filas de la vanguardia organizada. Las consignas justas engendran orgánicamente las condiciones y las posibilidades de la organización técnica de los [socios] en lucha». <sup>8</sup>

*«La exigencia es que el hombre tome conciencia de sí mismo como ser social, como sujeto y objeto simultáneamente del devenir histórico y social».*<sup>9</sup> En tiempos remotos nadie podía cuestionar el orden establecido, difícilmente un esclavo egipcio podía cuestionar al faraón, pues era el orden «natural» de las cosas. Con los antecedentes que manejamos hoy sobre el proceso de privatización del fútbol chileno,

<sup>8</sup> Íbid. Página 101

<sup>9</sup> Íbid. Página 80. Énfasis nuestro.

las artimañas utilizadas, los personajes involucrados y los argumentos entregados, Sí podemos decir algo, Sí podemos criticar. Sabemos que los orígenes de este proceso están viciados, que los mecanismos de trabajo no son los prometidos y los resultados han sido desastrosos, por lo que no solo podemos, sino que DEBEMOS ponerle freno a la actual dirección de nuestra historia.

El socio *«no puede ser un espectador imparcial del proceso histórico pues es partícipe, parte actuante y paciente».*<sup>10</sup> Solamente desde el punto de vista del socio se puede comprender la totalidad de temas y aspectos que intervienen en el Club. *«Pero que su punto de vista sea fundamental no quiere decir que el conocimiento necesario para entregarlo sea natural o inmediato».*<sup>11</sup> Debe conversar, observar, poner atención

<sup>10</sup> Íbid. Página 82. Énfasis nuestro.

<sup>11</sup> Íbid. Página 82. Énfasis nuestro.

a lo que sucede a su alrededor, cosa de entender su papel en la historia del Club.

El socio ejecuta la condena que la administradora dicta contra sí misma al producir lo que está produciendo. Al conocer su situación, actúa. Al combatir a las SADP, él conoce su situación.<sup>12</sup> Finalmente, la superioridad del socio respecto a los otros estamentos es que entiende el club en su totalidad<sup>13</sup> y entiende su papel dentro del devenir del Club asumiendo su rol histórico.<sup>14</sup>

---

12 Íbid. Página 99

13 Concepto a trabajar más adelante.

14 Íbid. Página 128

# III Contemos todos

*Contemos todos* fue un concurso literario organizado por el movimiento Colo-Colo de Todos, agrupación de hinchas en la cual nació esta editorial. El jurado lo conformaron Lorena Penjean (@lorenapenjean); Esteban Abarzúa (@eabarzua) y Sebastián Salinas (@Salinas\_Chile). Fue publicado durante la Primavera del Libro de 2013. Contamos con la ayuda y colaboración de Daniela Molinet en la corrección de textos; Cristián Fernández en el diseño de la portada; Luis Hidalgo y Marcos Saball en las fotografías; Alan Oner, Lisa Freire y Jelly González en las ilustraciones; Josefina Hartard en la contraportada; y Libros del perro negro en la edición e imprenta.

Dividimos el concurso en dos categorías.

Según el jurado, el primer lugar fue para *Danielito*, el segundo para *Compañero de esta vida* y el tercero para *El Monumental es mi casa*. Las menciones honrosas fueron *El concho* y *El extraterrestre de la 7*.

Por otra parte, la votación popular dio el primer lugar a *Crónica de un viaje a arellanizar*. El segundo lugar fue para *Un amor que crece* de Ignacio Barría y el tercero para *Quién es Chile* de Jonathan Yáñez. Las menciones honrosas se las llevaron Felipe Maquieira con *Arqueros* y Álvaro Mardones con *Cacique: Un gran amor*.

## **Danielito**

*Augusto Espinoza*

—Me gusta Ignacio.

—¿Qué?

—Me gusta el nombre Ignacio para el bebé.

—No. El hijo de la Nancy se llama así.

—¿Y qué importa? Me gusta ese nombre.

—No me parece. El hijo de la Nancy se llama así.

—Ya me dijiste. ¿Cuál te gusta a ti?

—Carlitos Humberto.

—¿Qué?!

—Me gusta Carlos Humberto... Carlos Humberto Espinoza.

—¡Ya empezaste! ¡Esto es serio! ¡¿Cómo se va a llamar Carlos Humberto?!

—Hablo en serio. Carlos Humberto, como el rey del metro cuadrado. Cuando sea grande me lo agradecerá.

—No se va a llamar así, no seas tonto. No me gusta Humberto... como «el Humbertito». ¿Algún otro?

—Rubén.

—¿Rubén?

—Sí, Rubén Espinoza. Igual que el 2 de pegada maravillosa. Mismo nombre, mismo apellido. Linda coincidencia.

—No, por ningún motivo, es nombre de viejo. La verdad no me están gustando mucho tus propuestas.

—Hago mi mejor esfuerzo. ¿Te gusta Marcelo Pablo Espinoza? ¿No? ¿Y Roberto Antonio? ¡Como el Cóndor!

—Me haces enojar, a mí me sigue gustando Ignacio.

—El hijo de la Nancy se llama así.

—¡Ya sé!

—Mira, esto no está funcionando. Espera un poco.

—¿Qué haces?

—Espera... Ya. De esta lista tiene que salir el nombre del niño: Marcelo, Rafael, Miguel,

Javier, Daniel, Juan Carlos, Rubén, Eduardo, Agustín, Lizardo, Gabriel, Jaime, Raúl, Sergio, Patricio, Ricardo, Luis, Leonel...

—¿Quiénes son?

—Los campeones de América, obvio.

—¡Para, por favor! ¡Me carga cuando te pones tonto!

—No, es en serio. Revisa los nombres, quizás te guste alguno.

—No pienso hacerlo.

—Es una buena fórmula. Recuerda que cuando vaya a inscribir al niño, tú vas a estar acostada en la clínica. Todavía podría llamarse Carlos Humberto.

—Te pones muy pesado... déjame verla.  
Mmmmm, Gabriel o Daniel. Ningún otro.

—Daniel... está bueno Daniel. ¿Te parece  
Daniel Morón?

—¿Daniel Morón? ¡Daniel Ignacio!

## **Compañero de esta vida**

*Pablo Díaz de Valdés*

Recuerdo la primera vez que mi papá me llevó a ver al Colo. Era el año 90, yo tenía 4 años y jamás había tenido contacto con el Cacique, salvo las conversaciones que escuchaba en mi familia o partidos que veían por la tele, lo que me llevó a ser inmediatamente seguidor y devoto de esta religión.

Mentiría si dijera que recuerdo contra quién jugaba, el resultado y quién hizo los goles. Pero revisando los flashbacks que me quedaron grabados en la mente esa noche en la que mi papá me llevó por primera vez al estadio, puedo decir que el partido se jugó en el Estadio Nacional con un lleno total.

Lo que sí recuerdo con claridad fue cuando el Cacique marcó la primera

cifra y el estadio estalló en gritos de ¡¡¡GOOOOOOOOOOOOL!!!

Fue como si estructuralmente el estadio se levantara y se moviera. Yo estaba desconcentrado, porque con el estruendo y los gritos me asusté tanto que me puse a llorar. Ahí fue la primera vez que con mi papá nos abrazamos en la cancha. Él me tomó en brazos celebrando el gol y a la vez me consolaba, lo que tornó mis llantos en risa y una nueva sensación de algarabía. Sentí lo que es la esencia del fútbol, el gol realizado por tu equipo, tu bando, tu política y religión cuando te haces hincha y seguidor de un escudo, camiseta y colores.

Tras el correr de los años, distintos factores, sumado a que mis papás están separados, gatillaron que mi relación con mi papá se volviera distante. Dejamos de ir a la cancha por años, como también por años vi muy

poco a mi papá. Como consecuencia, lamentablemente dejé de vivir la pasión que provoca y envuelve a Colo-Colo. Solo me enteraba de resultados y de noticias como la quiebra del club.

A principios de 2005, inesperadamente a mi papá le diagnosticaron un cáncer muy fuerte llamado linfoma de Burkitt que lo tuvo internado por varios meses. Mi papá prácticamente vivía en la clínica y tuvo que lidiar con quimioterapias muy potentes. Este capítulo tuvo un efecto bisagra tanto en su vida como en la mía. Era un partido complicadísimo que toda la familia jugó con dientes apretados.

Como resultado mi papá le ganó al cáncer y a la vez todos fortalecimos nuestra unión como familia, en especial nosotros dos. Así fue como un día, conversando con él, decidimos que era hora de volver a la

cancha, volver a batallar con el Cacique y volver a sentir los abrazos entre padre e hijo que provocan los goles de Colo-Colo.

Vivimos las alegrías de la campaña Sudamericana 2006, como también las penas de haber perdido esa final. Nos volvimos a abrazar con las copas de los 4 campeonatos consecutivos del Albo. Nos levantamos de emoción con los 2 goles a Boca Juniors en el Monumental, como también nos apenamos cuando nos eliminaron de las copas o perdimos la final contra Everton. El gol de chilena de Lucas Barrios y su gol corriendo desde mitad de cancha contra el archirrival. Partidos buenos y partidos en que el equipo no jugaba bien. Pero lo importante es que íbamos juntos de nuevo a la cancha; teníamos un segundo hogar que era el Estadio Monumental.

Hace un par de años mi papá se fue a vivir fuera de Santiago y yo empecé a ir al estadio por mi cuenta, pero hoy en día nuestra vida de nuevo gira en torno al Club. Vivimos el sentimiento colocolino al máximo y todos los días está presente. El Club Social y Deportivo Colo-Colo ha forjado la unión y mi relación con mi papá hasta el día de nuestra muerte, como también yo traspasaré a mis hijos y los hijos de mis hijos este sentimiento, porque es eterno y queda demostrado que es capaz de influir en la vida cotidiana y ayudarte a ganar los partidos más difíciles de la vida.

## **El Monumental es mi casa**

*Álvaro Campos*

Así, tal cual. Costó construir la casa pero estuvo lista el 89. Mi viejo me cuenta que a él su papá lo subía a una micro que desde Melipilla llegaba a Irarrázaval para ir de ahí caminando al Nacional a ver a Colo-Colo. Pero conmigo fue distinto. El Monumental es mi casa. Aprendí a caminar en el hall central. Hay fotos familiares que me muestran llegar con mis primeros torpes pasos al busto del Cacique que antes estaba ahí.

Mi mamá se quejaba cuando tenía que regar el pasto, pero también le gustaba tener ese amplio jardín. Después de almorzar solía ir a sentarse a un costado de la cancha, a la sombra de la banca visitante, a descansar leyendo una revista o durmiendo una siesta, mientras del

alambrado colgaban, en vez de lienzos, las camisas recién lavadas. A veces ponía la radio, pero los altoparlantes no dejaban disfrutar de la música con mucha claridad. Aún hoy, solo la gruesa y elegante voz del histórico Mario Benavides se escucha suave y clara.

Me retaba cuando chuteábamos mientras Ceballitos trabajaba en el césped. Había que dejarlo trabajar tranquilo, nos decía. Claro, pero uno a esa edad lo único que quiere es jugar y jugar sin fin. En todo caso, a la hora de recordar retos, el que se lleva el premio fue esa vez en que mi amigo Cristián rompió de un pelotazo uno de los focos de la torre de iluminación. Me acuerdo que nos quedamos en silencio mirándonos las caras. Era la torre que está detrás del codo Caupolicán. Justo mi papá estaba en el estacionamiento que da a Departamental lavando el auto, así que nos pillaron de

inmediato. Nos escondieron la pelota por un buen par de meses como castigo.

El colegio fue difícil. En primer lugar porque costaba estudiar cuando había partidos nocturnos. Era la época en que Colo-Colo peleaba año tras año la Supercopa y la Libertadores, y la dirigencia organizaba amistosos internacionales para darle al equipo el ritmo y la competitividad que aquí no se obtenía. Justo los miércoles y los jueves tenía Biología en la mañana y siempre llegaba sin haber estudiado nada. Es que era imposible concentrarse con los gritos de la gente.

El otro problema era llegar del colegio. Las cosas se pusieron duras. Parecía que en cada esquina, en cada paradero había gente macheteando. Una vez me robaron la camiseta y ahí sí que mi vieja se asustó. Cuando me quedaba hasta tarde en casa

de amigos ella le iba a rezar a la Virgen del Carmen que está a la salida del camarín para que me protegiera de todo mal.

Pero nunca me pasó nada, yo llegaba tranquilo y los encontraba a los dos, sentados cómodos en Rapa Nui mirando algún programa de televisión en el marcador nuevo. Se veía todo naranjo, pero daba igual. Era la clase de molestias a las que uno se acostumbraba. Como cuando llovía y ya no podía acortar camino a través de la cancha, porque estaba toda cubierta con la lona blanca, así que me tenía que dar la vuelta larga alrededor de las gradas. Llegaba tarde a todos lados.

Por supuesto que esas largas distancias traían también sus ventajas. Me acuerdo de la vez en que llevé a una amiga a tomar once a la casa. En el Túnel de Campeones le di mi primer beso.

Recibimos la noticia de la quiebra con el mismo asombro y dolor que el resto del pueblo colocolino. Tuvimos miedo cuando amenazaron con vender el estadio, pero el destino, caprichoso como una pelota, nos trajo la desgracia de otra forma, imprevista y violenta, cuando murió mi papá.

Su deseo era ser enterrado en la cancha de David Arellano, pero la sociedad anónima que tenía la concesión no lo permitió. Qué pena más grande. No entendieron nada. Cómo lo iban a entender, si nunca vieron a mi viejo maestreando en los baños de Magallanes, arreglando las cañerías que habían roto los hinchas envidiosos de algún equipo chico. No supieron que él se levantaba temprano en los días de verano a pintar de blanco las paredes, año tras año, sin importarle que volvieran a rayarlas.

Sigo yendo al estadio, aunque ahora solo

los domingos. Tengo que reconocer que está mejor cuidado que en la época en que yo jugaba a las escondidas en Cordillera y mi papá me retaba cuando un tablón se rompía. Hasta hicieron palcos de lujo, el único sector del estadio en que jamás he estado. Y cómo, si están hechos para empresas, no para el hincha común, el hincha de a pie, el que nació, creció y vivió en el estadio.

Da lo mismo. Después de que un funcionario subcontratado me recorta la entrada y que un carabinero de mal humor me registra los bolsillos en busca de un encendedor que guardo en mi zapato, camino un poquito más lento y sonrío al sentir ese olor raro a cigarrillo y maní confitado, a tierra y cemento. Sonrío al sentir ese olor de la infancia, porque cada domingo vuelvo a la casa en la que crecí. Tal cual. El Monumental es mi casa.

## **El concho**

*Víctor Hidalgo Mora*

La vendió Jonás: él sabía que meterse con el Guarén era brígido. Se lo dije yo, el Carlos y hasta mi papá, que de estas cosas sabe. Mi viejo nunca quiso mucho al Jonás, pero era el padre de su nieto y eso, al final, pesa. Supongo que es algo así como que la sangre tira. Pero bueno, a esta altura da lo mismo. Lo importante es que estoy más sola que la cresta y Joaquín hace diez días que es huérfano. Suena cliché, pero me ha parecido el doble, el triple, un año.

Esta es la cosa: Carlos, mi hermano chico, el concho, va hoy a la banca. Mi familia anda vuelta loca. El tío Manolo se rajó anoche con tremendo asado para celebrar y, vaya novedad, quedó como suela. Mi viejo no se quedó atrás y nos compró una pinta nueva

a mi mamita y a mí. Yo me conformé con un buzo simplecito, mi papá me dijo que elegí bien. El buzo me iba a servir cuando Joaquín cumpla dos años y ande todo el día a la siga de la pelota. Cómo será mi niño a los dos años. Ojalá lindo, como su papá. Yo voy a tener veinte y ojalá haya bajado los ocho kilos del embarazo.

Hace una hora que estamos acá, en Rapa Nui. Rapa Nui, que huevada más rara. Si Jonás estuviese acá, seguro estaría saltando en la Garra. Que mierda, Jonás. Por tu culpa este momento de euforia es pura angustia. Me siento una extraña en este estadio, MI estadio. Es raro, un partido del Albo, en el que tal vez debute Carlitos, y yo me quiero ir. De MI estadio.

Sesenta minutos, un partido de mierda, la Cato nos lleva dos. Ambos del Pipe Gutiérrez, que juega un kilo. Hueso, mueve

la banca, que la cosa se ve negra. Nos falta un seis y Luquitas Wilchez va pero no vuelve. Ay, casi gol de Paredes, Toselli trajo las manos. La Garra se prende... cuando el equipo anda mal.

Gol del Chapa, mierda, remate fuerte arriba, no hay peor astilla. Minuto ochenta. Qué pasó, uh, Fuenzalida en el suelo, Ormeño llegó tarde y mal. Roja. Entra el Carlos, huevón. El Chapa sale en camilla. Ovación.

Ya no canta solo la Garra, el estadio late. Vamos Carlitos, dame una puta alegría.

## **El extraterrestre de la 7**

*Leopoldo Bustos*

Durante 5 años marcorianos lo anduve buscando, fueron muchos días de angustia, sufrimiento y un poco de esperanza. Hasta que llegué al planeta Tierra y pude ver que en un rincón de la ciudad de Santiago de Chile estaba Bartocumos, quien se había escapado de nuestro planeta en un acto de rebeldía. Desde mi nave lo divisé en un gran estadio, lleno de gente celebrando con antorchas en mano, parece que estaban logrando algo importante.

Fue el 5 de junio de 1991 y Bartocumos corría con la camiseta 7 por todo el frente del ataque. Lo vi en el momento preciso en que con un gran pase deja en la boca del arco a un joven que recién se iniciaba en el fútbol, pasatiempo favorito de este planeta.

Terminó el partido y todos se abrazaban, algunos lloraban de alegría, entre ellos Bartocumos. Cuando entré al camarín a buscarlo se asustaron un poco, debe ser por mis 8 ojos y 4 brazos, pero fue solo un rato. Luego de contarles quién era y a qué venía, decían cosas como «claro, cómo no nos dimos cuenta antes, era un extraterrestre», «se notaba que era distinto a todos nosotros», «ya decía yo que era superior».

No entendía mucho. Me hablaron de tardes notables, de goles inolvidables, de una gran aparición en la inauguración del estadio, de un golazo con pierna izquierda en otro estadio a un equipo de una franja en el pecho. El momento de la emoción vino cuando me relataron el gol que había hecho 2 semanas antes en este mismo estadio, era de un ángulo imposible y con pierna derecha derrotaba a un arquero-mono o algo así.

Le dije que lo necesitábamos, que nuestro deporte ya no era lo mismo sin él... pero no quiso, su amor por ese club de camiseta blanca y pantalón negro era mucho más. Me dijo:

—No, Poliscupos. Yo a Colo-Colo no lo dejo.

## **Crónica de un viaje a arellanizar**

*Nicolás Henríquez Pizarro*

Abril de 2010. Uno de mis mejores amigos de la universidad llegó con la información a la sala. Nos contó de los distintos cursos de verano e intercambios en el extranjero: Estados Unidos, Canadá, Australia, Italia, Nueva Zelanda, entre otros. Había hablado con la encargada sobre el tema y eran muy buenas opciones para conocer otra cultura y mejorar el inglés. Me entusiasmé con viajar, pero antes había que definir el destino: para el siguiente verano las opciones eran Nueva Zelanda y Australia. Quería conocer más sobre los maoríes, así es que opté por Nueva Zelanda.

Tras hablarlo con mis padres y obtener su aprobación, pensé: Viajaré a Nueva Zelanda, un país que tiene una importante calidad de

vida, respeto por sus pueblos originarios, donde el rugby y el cricket son los deportes más populares. Claro, me puedo traer un balón de rugby, una pelota de cricket, una polera de los All Blacks, una foto con un maorí, pero ¿qué puedo dejar allá?

Debo dejar allá algo valioso para mí, para mi gente, que nos represente en el diario vivir, algo en que pensamos día y noche, ¡obvio que Colo-Colo! Llevar una bandera, algunos regalos, fotografiarme en diversos lugares turísticos con mi camiseta, explicarles tanto a nativos como a otros extranjeros lo que es para nosotros Colo-Colo. ¡Sí, esa será mi misión!

Fui donde la Tía Magaly en la Tienda Alba. Fue muy amable al atenderme. Le conté mi historia y encantada decidió regalarme algunos obsequios para dejar allá: vasos, pulseras, collares.

Ya quedaban pocos días para mi viaje y mi polola me dio una bandera muy especial: En vez del fondo azul, la insignia de Colo-Colo lleva la bandera chilena. El resto era blanco, negro y rojo, como aquellas que vendía la Agrupación La Familia hace algunos años.

Estábamos listos con mi compañero. Nos despedimos de nuestras familias y tomamos el avión que, tras una escala en Buenos Aires, nos llevaría a Auckland.

Durante los primeros días notamos en museos, parques y calles el gran respeto que se tenía por el pueblo maorí. Un gran contraste con nuestro país, donde la sociedad no hace más que enjuiciar al pueblo mapuche debido a su lucha por dignidad y respeto.

El primer día que vestí mi camiseta de Colo-Colo fue fácil que me reconocieran como

chileno. Saludé a otros compatriotas que ya vivían hace bastante allá y que compartían el fanatismo por el equipo popular.

Las primeras fotografías con mi bandera las tomé en Mount Eden, un monte que entrega una hermosa vista a la ciudad y al estadio Eden Park, hogar de los All Black. La gente leía la bandera: «Colo-Colo», y sonreían al parecerles un nombre atípico, que les generaba simpatía.

En enero comenzamos las clases en la Universidad de Waikato, a unas 2 horas de Auckland. Un día vi un afiche que publicitaba un gran festival de reggae, con artistas como The Wailers, Jimmy Cliff, Sons of Zion y Maxi Priest. Tres de mis compañeros chilenos se motivaron a ir. Era en la ciudad de Rotorua, y hasta allá llegué con mi polera de Colo-Colo y mi bandera.

—¡Niko, Niko, mira! —me gritaron mis amigos. Me di vuelta y desde el sector de asientos bajaba una mujer corriendo hacia nosotros y gritando:

—Great! Yeah, the flag! —apuntaba a la bandera y sonreía—. ¡Colo-Colo! —decía, con el clásico acento gringo y sin más diálogo, pero con mucha alegría, antes de volver a su ubicación.

Más tarde, durante una pausa entre artistas fuimos a los stands para comprar cervezas. Íbamos caminando de espaldas al escenario, cuando de pronto escuchamos:

—Hey! Hey! Colo-Colo! Wooow!

Me di vuelta y salude a la nada, pues no logré percatarme de quién nos gritaba. Seguimos caminando, avanzamos un par de metros y nuevamente:

—Hey! Come on, guys! Colo-Colo!

A lo lejos vimos a un hombre de raza negra junto a un hombre y una mujer que tenían aspectos de ser neozelandeses: estaban saltando y saludando. Les devolví el saludo pero entonces noté que él vestía una polera de Colo-Colo.

Fue un momento único, nos acercamos a ese grupo y comenzamos a conversar. Él venía del este de África. Me contó que una vez jugó un partido con unos sudamericanos —argentinos y peruanos— que le habían obsequiado esa polera de Colo-Colo. ¿Acaso hay algo más freak que encontrarse a un africano en un concierto de reggae en Nueva Zelanda con una camiseta de Colo-Colo? No, no es algo freak: demuestra que Colo-Colo no solo se ha quedado en Chile. Ese nombre atípico, aquel perfil del mapuche en nuestra insignia, generan un

encanto en las personas, algo que otro club no genera.

Durante la última semana de clases de inglés junto a mis compañeros árabes y asiáticos, les regalé lo que la Tía Magaly me había dado.

Se peleaban las pulseras, las piochas, los vasos 3D en los que brindamos esa noche. Posamos como un equipo de fútbol junto a mi bandera, que cada uno de ellos buscó luego para su propia foto personal.

Entonces mi amigo Naru, un japonés que había llegado hace unos pocos días, me dijo palabras que me emocionaron:

—Chi chi chi, le le le. Colo-Colo de Chile

Mi cara de asombro era para fotografiarla. Sin embargo, me contó que la noticia de los

famosos 33 mineros llegó a Japón y que vio por la televisión cuando uno de ellos salió de la mina con una bandera de Colo-Colo, gritando el ceacheí, el cual le había llamado la atención y había aprendido. Junté a todos mis amigos para que Naru les enseñara el Ceacheí, y así poder grabar el grito.

Fue emocionante; pero no el fin. Tariq, un árabe residente en Nueva Zelanda y que fue de mis amigos más cercanos, vino a Chile para visitarnos. Parada obligada fue el Estadio Monumental, en el cual presencié la actividad de Navidad que organizó la Corporación para sus socios y también la final del fútbol femenino en que Colo-Colo ganó el campeonato.

Para su primera Navidad —los árabes no la celebran— recibió su camiseta de Colo-Colo y un clásico indio pícaro. ¿Existe algo más típico de nosotros que esas dos cosas?

# IV Anecdótico Rosario Moraga

El *Anecdótico Rosario Moraga* nació como una extensión de lo ya hecho, pero dándole un papel fundamental a las vivencias de las mujeres colocolinas. La idea original fue de nuestra amiga Carolina Martínez, quien recopiló los relatos. La edición estuvo a cargo de Álvaro Campos, Daniela Molinet y Augusto Espinoza, y en la diagramación estuvo André Urzúa Plá.

En el lanzamiento en la Filsa (Feria Internacional del Libro de Santiago) 2014 en la Estación Mapocho nos acompañó Gabriela González, decana de la facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Como jurado participaron nuestros amigos Mario «Tito» Horton y María Laura Donoso. Eligieron como relatos ganadores *Desde broca que mi padre me enseñó esta pasión y Fútbol y vida*. Las menciones honrosas fueron para *La Herencia, Nisumisas ni devotas: colocolinas, libres y locas, Colocolinizar y Trilogía*.

## **Desde broca que mi padre me enseñó esta pasión**

*Antonia Domoaukafe*

El 5 de julio del 95 nacería la menor de 4 hermanos, la concho, la regalona, la que a mi mamá le hubiese gustado que fuese fan de Hello Kitty o que jugara con Barbies. Pero lo que ella jamás imaginó es que serían otros los gustos de su hijita. Afortunadamente, tuvo hartito que ver su papá.

El 13 de diciembre del 98 fue un día importante en la historia del Cacique y en mi historia también, ya que sería la primera vez que pisaría la Ruca y vería con tan solo tres años a Colo-Colo campeón. Era la última fecha, contra Iquique, marcada por el gol que hizo Murci Rojas ante Jacob Barraza. Les mentiría si les dijera que recuerdo ese partido, porque solo es el

relato que me cuenta mi viejo sobre aquel día. Yo lloraba de susto por el sonido de los estruendos, él lloraba de felicidad de ver a su Cacique campeón y de tener a su hija menor en sus brazos celebrando aquel triunfo. Era la primera vez que íbamos juntos al estadio. El famoso fenómeno llamado Colo-Colo comenzaba a ser parte de mi ADN.

Los años pasaban, mi viejo me arellanizaba cada vez que tenía un tiempo después de llegar del trabajo. Yo no quería que me contaran cuentos de hadas o de princesas, a mí me gustaba que mi papá me hablara sobre Colo-Colo; su historia, los jugadores más representativos. Entre ellos, de los que más me relataba era sobre Chamaco y su querido Elson Beyruth. Me transmitía su fanatismo; si para él eran ídolos, para mí también debían serlo.

Con tanta maravilla que mi viejo me contaba mientras crecía, despertaba en mí una necesidad de vivirlo. Ya no me conformaba con ver los partidos por televisión, yo quería estar ahí. Mi hermano mayor iba con sus amigos, ¿por qué yo no podía ir? ¿Por qué no me llevaban a mí? Mis pataletas eran escandalosas por querer ir al estadio. Mi papá no tenía dinero para llevarme y mi hermano no quería tener la responsabilidad de llevar a su hermana chica, menos en una micro barra. Me transformaba en un cacho para él, pero eso no me importaba, era terca. Yo no entendía, aunque para mí eran ellos los que no me entendían, ¡yo solamente quería ir al estadio!

Como colectivero mi papá no ganaba mucha plata para llevarme a Santiago a ver al Colo. No alcanzaba para ir a la Ruca, pero para calmar mis ganas prometió que cuando el Cacique jugase en la región, en la V, me llevaría.

Y cumplió su promesa: me llevó a los partidos contra el Everton y contra el Wanderers. Solo los vivía dos veces en el año, por ende los disfrutaba al máximo. Me preparaba con mucho entusiasmo para esos eventos, los cánticos de la Garra Blanca los escuchaba una y mil veces hasta aprendérmelos. Me encantaba la sensación de estar en la galería, alucinaba, sonaban los bombos, los lienzos adornaban las feas rejas, se encendían las bengalas, se alzaban las banderas y toda la gente que estaba mi alrededor gritaba «¡sale, sale, oh!». Por mí corría una adrenalina inexplicable: Colo-Colo salía a la cancha, y yo estaba ahí viviéndolo con mi papá.

Llegó el 2006: un año de altos y bajos. A través de la pantalla veía la campaña del Bichi Borghi, como siempre junto a mi viejo. Ese partido tan emocionante contra los chunchos en el Nacional; el Cacique

campeonaba en su propia cara, qué felices nos hacía. Pero no todo era alegría y triunfos. Recuerdo llorar con mi papá cuando perdimos la final de la Copa Sudamericana contra el Pachuca, sentados en el sillón. Trataba de consolarme y me decía que ya vendrían las alegrías. Yo sabía que Colo-Colo no fallaba, eso siempre me lo repetía mi papá, y así fue: ese mismo año se ganó la final del Clausura obteniendo el bicampeonato.

Veía y veía como Colo-Colo campeonaba, pero no era lo mismo a través de un televisor que estar ahí en el estadio. Hostigaba a mi papá, pero nada. Hasta el 23 de diciembre de 2007, cuando el Cacique nuevamente disputaba una final, esta vez contra U. de Conce. Un vecino me comentó que su hermano lo llevaría al estadio. Yo quería vivirlo: mi hermano iba, pero no quiso llevarme. No me quedó otra opción que

escaparme e ir junto a mis vecinos. Tenía 12 años, me creía grande y con todo el derecho de estar ahí, y sin duda escaparme fue la mejor decisión que tomé. Colo-Colo ganó 3-0 y bajó otra estrella.

Como la final del Apertura 2008 contra Everton se jugó en Viña, mi viejo me llevó al estadio. Perdimos 3-0 y el pentacampeonato se fue a la mierda.

Sentí pena, pero llegamos a casa y mi papá conversó conmigo. Tengo grabadas sus palabras, porque me enseñaba que, a pesar de que habíamos perdido esa final, yo tenía que seguir siendo colocolina, que si uno elige ser amante de un equipo lo debe ser en las buenas y también en las malas, que esas eran las más importantes, ya que era la prueba de fuego como hincha.

Cuando cumplí los 14 al año siguiente, mi papá dijo que trataría de llevarme al Monumental, ya que estaba más grandecita. Fuimos a varios partidos: triunfos, empates, derrotas. Ya estábamos dentro de los play-off, pero Colo-Colo no era el favorito. El caluroso miércoles 9 de diciembre vi nuevamente a mi equipo ser campeón, pero era mucho más especial, porque fue junto a mi papá. Eso era impagable. Mi negro me abrazaba y lloramos de felicidad.

El 2010 pude convencer a mi hermano de llevarme. Me había ganado el permiso de ir a los partidos en Santiago si iba mi hermano o mi papá. Pero al cumplir 15 ya me creía grande y apta para viajar a regiones. Mi hermano no me llevaba a partidos que no fuesen en Santiago, porque era el doble de responsabilidad. El Cacique jugó la pretemporada 2011 en la Cuarta Región, y se me ocurrió arrancarme a un partido frente

al Audax jugado en el estadio La Portada. Ingenié un plan maestro, junto con amigos barras que me dijeron que no le contarían a mi hermano. Era enero, así que le dije a mi mamá que iría a Horcón con unas compañeras, la mamá de una amiga se hizo pasar como apoderado y lo creyeron todo. Colo-Colo perdió el partido y desde ahí las cosas empezaron a ponerse feas.

Llegando a la casa luego de las supuestas vacaciones en Horcón mi mamá me preguntó seriamente:

—¿Cómo te fue en el estadio? —. Supe inmediatamente que estaba en problemas. Toda la familia se enojó conmigo, incluyendo mi papá. Me quitaron celular, tele, salidas, etc. pero vieron que no me afectaba. Me atacaron por donde más me dolía: no más estadio hasta nuevo aviso. El mundo se me venía encima.

Cuando mi mamá me preguntó si me arrepentía de escaparme al estadio mi respuesta fue un no y que lo haría mil veces si fuese necesario. Lo analizó bien, y no le quedó otra opción, ya que sabía que si no me daba permiso yo era capaz de arrancarme. El sábado 22 de enero mi mamá me dio la noticia de que ya tenía permiso para ir al estadio sola, A pesar de eso, lo disfrutaba más cuando me acompañaba mi viejo.

Fueron pasando los años, la tradición de ir con él al estadio seguía a pesar de las malas campañas. Si había que pasar frío o calor, daba lo mismo. Si había que viajar mil horas, daba lo mismo. Si había que pasar hambre, daba lo mismo. Mi papá me enseñó a alentar a Colo-Colo en las buenas y en las malas.

Ganar un campeonato no es solamente levantar una copa, es la recompensa de

todo el esfuerzo que uno hace campaña tras campaña. Y así fue como un 13 de abril de 2014 nuestro equipo bajaba la 30 y yo estaba con mi papá y mis amigos en la galería.

Al finalizar el partido abracé a mi guerrero neto, mi viejo querido, no pude contener el llanto y él tampoco. Le daba una y mil veces las gracias. Gracias por inculcarme los valores de Arellano. Gracias por llevarme al estadio. Gracias por enseñarme esta pasión. Gracias por contarme sobre el brasileño Beyruth, Chamaco, Caszely, Jorge Toro, Vasconcelos, entre otros. Gracias por amar esta camiseta y transmitirme ese sentimiento desde que yo era una pendeja. Gracias por enseñarme que Colo-Colo no es cualquier equipo, que es el equipo del pueblo, el equipo que alberga desde un cura hasta un ladrón. Gracias porque a tus 60 años aún me acompañas a la

cancha, a pesar de que la policía nos trate como delincuentes. Gracias por tu nivel de aguante. Gracias por inculcar en mí la pasión del fútbol. Gracias por contagiarme de esta enfermedad que no tiene cura llamada Colo-Colo. Gracias por dejarme la más linda herencia y legado. Gracias por cumplir tus promesas. Gracias porque me hiciste aprender que de atrás pica el indio y a Colo-Colo jamás se le abandona. Gracias papá: ¡esta estrella es para ti!

Aún me faltan muchas alegrías por vivir junto a mi viejo, una de ellas y la más importante será cuando ese cáncer llamado Blanco & Negro se vaya. Tenemos la misión de luchar hasta el fin para recuperar Colo-Colo. Te lo prometo, papá.

Mi viejo me cumplió sus promesas, yo le cumpliré la mía.

## **Fútbol y vida**

*Ailesor Agazinum*

Mi impresión de niña fue que el Yayo estampó como imagen natural y certera en casa que el Colo-Colo y Cassius Clay eran «momentos revolucionarios», mirares desde el deporte hacia un porvenir más libertario. Siendo niña en un contexto tenebroso de dictadura y prohibición, entendí que el Yayo murió en la imagen triste de mi madre quebrada.

De hecho, no recuerdo que nadie me contara la muerte de mi abuelo en primer lugar. Como esos discursos que no se pronuncian sino en el silencio, mi abuelo dejó de estar presente; dejó de inundar los espacios con su risa; dejó la argolla hasta el día de hoy anclada en el dedo un poco huesudo de mi abuela y como un espectro, de esos que en esos tiempos se escuchaban tan

seguido en las calles de Santiago oscurecidas por la penumbra; desapareció de mi vida y de la vida de todos.

Mi mamá superó el luto en diez años; mi abuela, nunca. Mi hermano, por otra parte, en ese silencio que hizo propio desde niño, cultivó la pena solito. Con una determinación tan elocuente, luchó contra el dolor familiar logrando que varios momentos pasaran como naturalmente normales, sin dolor ni miseria. Ahora entiendo que la muerte de mi abuelo había significado, entre muchas cosas para él, la muerte de la experiencia del fútbol en su totalidad. Mi padre detestaba el fútbol, todos lo criticábamos y nadie tenía el más mínimo interés en el estadio. Nadie a excepción del Yayo.

Mi hermano guardó protegido su luto con llave, año tras año, atesorándolo. Solo hoy

puedo entender que esa emoción, como muchas otras, tal vez logró transformarse por vez primera en sonido cuando mi hermano volvió a la cancha años después.

Peromihermanonacióprobablementeenla casa equivocada en términos futbolísticos, ya que siempre estuvo rodeado de personas que enjuiciaban ese deporte, que lo concebían como el opio del pueblo; empresa capitalista fútil y populista; antro de alcohólicos y perdidos.

Cada vez que mi hermano partía al estadio, cuando solo tenía 14 años, mi madre quedaba devastada mirando al vacío echada en el sillón, como si él hubiese partido a la guerra. ¡Qué temor burgués! Porque, seamos sinceros, ¡también era un terror de clase! ¿Qué es la cancha sino el lugar por antonomasia donde todas las clases y todas las gentes se reúnen para

ver un partido y se entremezclan miles de experiencias entre miles de posibilidades? ¿Qué es la cancha sino el terreno físico de toda una rencilla contra las personas del otro equipo y la pasión por el propio?

¿La Garra Blanca? ¡Mi madre creo que casi se desmayó cuando escuchó que mi hermano quería ser parte! Se lo prohibió hasta que fue inevitable.

Yo me perdí entre las críticas sin mucho sentido a las pasiones de mi hermano y él se perdía en sus críticas de mi música pequeñoburguesa, de mis amigos y mis excesos.

Creo que llegamos a un momento en que las comidas en conjunto se volvieron tensas y eternas para los dos, sin vernos jamás a la cara de puro enojo e incomprensión. Siendo que habíamos sido tan cercanos y tan

necesarios en la vida del otro hacía apenas un par de años, vivimos ese tiempo como si casi no nos conociéramos en absoluto.

La cosa es que un día, ni siquiera recuerdo muy bien cuándo ni por qué, a mi hermano se le metió fija en la cabeza la idea que yo podía ser una buena cábala, y que debía ir al estadio con su primera polera del Colo, esa que tiene como auspiciador a Lan Chile.

Jamás me olvidaré de dos cosas: los pacos a caballo en la entrada del estadio, agresivos y violentos, que como perros rabiosos nos pegaban a todos sin importar quién fuera, con sus palos de autoridad vacía. Y la pasión de cada hincha al entrar a la galería del Monumental. Siendo yo tan ajena y tan contraria a ese mundo, recuerdo mi impresión al ver a la gente tan feliz con su entrada, cantando y tirando papelitos como en un carnaval.

No recuerdo quién ganó, supongo que habíamos ganado nosotros —¿nosotros?— porque estábamos todos muy felices —¿en ese todos estoy yo incluida?— y nos fuimos a la casa de un amigo a celebrar en auto.

Cuando nos subimos, todos golpeaban hasta los techos cantando. Recuerdo cantar con ellos y pensar que mi hermano era bastante afinado, después de todo. El resto de la noche conversamos, tomamos cerveza y escuchamos a Los Auténticos Decadentes.

Escribo hoy desde la lejanía en que estoy hace ya nueve años. Hace casi dos que no viajo a Chile, pero puedo cerrar mis ojos y tener la cordillera tan cerca, y a mi hermano tan presente. Siento que ambos hemos reencontrado vivencias de nuestra infancia en las decisiones que hemos tomado. Estas experiencias que nos han marcado viven en nuestras acciones.

De alguna manera mi hermano supo encontrar una especie de clandestinidad colocolina, en el sentido de habitar un mundo de experiencias y relaciones ancladas a valores distintos al impuesto, subrepticios al orden de la sociedad. Tal como yo he recorrido, sin hacerlo a propósito, ciega de entendimiento, el camino del exilio de mi vieja, país por país, calle por asfalto.

Muchos hinchas de Colo-Colo han logrado hacer lo que yo habría pensado imposible: politizar los espacios dentro del fútbol, hablar de las injusticias sociales a las cuales todo hincha se enfrenta y soñar con un club inclusivo y popular. Utilizar la imagen del Cacique para mostrarse a favor de la lucha indígena mapuche, tal vez recordándonos que el fútbol está en el corazón de los pueblos y que Colo-Colo es Colo-Colo para todos.

## **La herencia**

*Janis Quinchavil Santis*

Y es difícil empezar un relato que posee tantas experiencias, historias, vida. Más aún cuando no sé ni cómo ni cuándo partió. Lo pensé días, le consulté a mis cercanos, todos con su propia apreciación sobre qué historia contar: la del día del partido con Atlante cuando llovió y habíamos como 10 personas en el estadio; la de esa Noche Alba del año 1990, cuando el paracaidista chocó con la reja; la de esa vez cuando nos quedamos sin micro de vuelta del estadio y la liebre que pasó nos llevó teniendo antes que transportar unos sacos de cemento del chofer; la de la final de la Libertadores; la Sudamericana; cuando raspando la entrada creías haber ganado una pelota; la de la quiebra. Y así, en un infinito etcétera.

Decidí que lo que siempre marcó mi camino como hincha de Colo-Colo no fueron las grandes historias, las hazañas increíbles: lo que marca este camino fue y será mi familia.

No ser de Colo-Colo en mi caso jamás fue una opción. Mis tíos decidieron hacerme parte de su locura desde que tenía un año de vida. Así dictaba la tradición, esa que traía antes mi abuelo, y el papá de su papá. Mi Tata aún cuenta historias de cuando pasaba a tomar antes de los partidos al restaurant que estaba al frente del Nacional, de las garrafas que entraba con sus amigos, de los jugadores de aquella época. Mis tíos siguiendo esa costumbre se volvieron todos fanáticos empedernidos, desde niños iban al estadio a ver a su Colo-Colo. No había para comer, según cuentan. En ocasiones lo solucionaban en el Nacional macheteando un pan, recibiendo el último

sánguche de potito de la tía del puesto, y si no alimentándose de triunfos históricos, de aquel «de atrás pica el indio», de un equipo que daba vuelta partidos imposibles, de jugadores históricos, de risas compartidas, de pelusoneos, de cábalas que seguimos hasta el sol de hoy y de una pasión que me heredaron entregándome más que un fanatismo.

Así avanzó la vida con domingos en el estadio. Ni zoológico, ni plazas, ni parques, ni cines, ni circo. Estadio, estadio lindo con colores y familia. Se podía caer todo alrededor y muchas veces así fue. No había plata, había problemas, pero sabíamos que, como reza la canción, «todos los domingos después de almorzar nos vamos todos para la cancha» y ahí a mí nunca me faltó nada, nada me podía dañar, y me sentía parte de una familia sin fin. Cada gol se celebraba sin importar quién estuviera al lado; uno

se podía abrazar con quien fuera, se podía tomar cualquier micro pirata Grecia-Lo Hermida-Peñalolén sin ningún temor a ser cogoteada, se podía sanar cualquier herida y sobrepasar los malos ratos.

Tuve el regalo de crecer así, de ser feliz juntando papeles en un vaso plástico, de acumular cintas e intentar volver a convertirlas en rollos, de entender que un jugador de fútbol no es un ídolo por su auto caro, o su contrato multimillonario sino porque lograba cambiar la vida de miles y hacer que su té el lunes fuera más dulce y la marraqueta más crujiente, de saber que un piño jamás podrá siquiera acercarse a la herencia familiar de un equipo de fútbol.

¿Cómo no ser de Colo-Colo, entonces? Si en ese recordar son solo momentos felices los que vienen a mi cabeza, gente de la

que nunca sabré ni sus nombres, que me cuidaba o ayudaba a cuidarme. Debo haber sido algo medio extraño en aquella época, una mujer en el estadio era cosa rara y una niña más aún. El fútbol no era espacio para las mujeres. Las que me tocó conocer eran todas de una fuerza increíble. Ojalá algún día las vuelva a ver. Resuena en mi oído, por ejemplo, esa eterna que le gritaba al árbitro «valih callampa, conchetumare» en el sector Lautaro. Esas de barrio, de cancha de población, que estaban en ese espacio a puro ñeque, a puro empuje y coraje, sin necesitar el permiso de un hombre, el brazo de un pololo que las llevara, sino que estaban ahí, me aventuro a decir que por el mismo motivo que llegué yo, por herencia familiar. Es que cuando uno es pobre no recibirá ni la empresa de los papás ni otras propiedades, recibe la herencia de un equipo de fútbol con todo lo que eso significa.

Yo agradezco esa herencia por cada momento que ahí viví, por cada alegría y rabia, por cada palo de paco que me tocó recibir, por las jornadas eternas de sol o lluvia, por la plata que nos gastamos en entradas, por cada vez que al partir al estadio mi abuela nos dijo «que les vaya bien». Porque me hice más mujer en formas que, de no haber pasado más de la mitad de mi vida en el tablón, no hubiese logrado y, sobre todo, porque jamás veré más felicidad en mi familia que cuando Colo-Colo gana, sin importar que todo lo demás no sea como esperamos, sin importar la semana que parte, sin importar nada más que gritar un gol, abrazarnos como cuando era niña y compartir la herencia que me tocará ahora a mí entregar al hijo que espero.

## **Ni sumisas ni devotas: colocolinas, libres y locas**

*Josefina Hartard*

Son tantos los momentos, que no recuerdo nada muy bien. Las historias, los partidos, los viajes, se funden en mi memoria. Pero las fotos me dan una mano y, revisando algunas, vi esta que me parece que causó bastantes controversias.

De mi papá heredé el amor a Colo-Colo y de mi mamá el amor a protestar, defender mis derechos y las causas justas.

Creo que fue en el año 2007. Estaba en el colegio y había dos cosas que me movían fuertemente: la revuelta estudiantil y Colo-Colo. Ida y vuelta, de la toma al estadio, una cosa así. Aplaudiendo al Bichi y pifiando a la Bachelet.

Al gobierno se le ocurrió prohibir la píldora del día después. Ahí mismo se organizó una marcha en contra de la medida. Puede analizarse este tema desde diferentes puntos de vista, pero para mí hay una sola respuesta: la libertad de elegir.

El mismo día de la marcha, y a la misma hora, jugaba el Eterno. Primero había decidido ir a la Alameda. Era un día de semana: salí de clases, me vine a la casa y volví a dudarlo: mi corazón estaba en un lugar y mis ideas en otro. Hice un cartel con el mensaje «Sí a la píldora. Garra Blanca Antifascista» para manifestarme en el estadio. Por si alguien no lo sabe, están prohibidas las consignas políticas o los carteles alusivos a ella en el estadio, así que doblé los posters y los camuflé en un cuaderno en mi mochila, como quien viene de clases, guardé un scotch y me fui a Pedrero.

En el entretiem po lo armé y levanté mi cartel con la ayuda de una amiga, el cual rápidamente llamó la atención de los asistentes.

Ser mujer y amar una camiseta no es fácil en un universo machista. La mujer ha sido excluida y discriminada históricamente. En todo el mundo ha sido marginada del saber, del placer, del desarrollo. Ser mujer, amar una camiseta y tener opinión en un espacio de extremo machismo es todavía más difícil y digno de respetar. Hoy la mujer se reivindica y es parte fundamental del desarrollo orgánico de la hinchada.

Colo-Colo es nuestra escuela, ahí somos alumnos, estudiantes, profesores, amigos, hermanos, compañeros. Son muchos los que cada cierto tiempo me recuerdan esta anécdota que les quedó grabada en la memoria. Ahora lo analizo: es que la galería son las paredes de la ciudad

donde nos manifestamos cada domingo, garabateando los malestares o nuestras alegrías al son del bombo o, ahora último —por otra mala idea del gobierno—, de nuestras palmas.

Unos años después de la anécdota del cartel, mujeres y hombres nos encontramos frente al oscuro objetivo de disciplinar uno de los pocos espacios en donde premia lo irracional. En todo el mundo el fútbol se ha desorientado, reduciéndose a un mero espectáculo privado e individual, eliminándose lentamente su naturaleza social y libertaria. Invito a esa mitad más uno a apropiarse de nuestro estadio, y a rayar con sus gritos todo aquello que les angustie.

## Colocolinizar

*Carolina Sepúlveda*

Provengo de una familia colocolina, pero a su manera. Mi papá se define como simpatizante, mientras que mi mamá, al escuchar en alguna conversación el nombre Colo-Colo, dice «pero si Colo-Colo es Chile» casi de manera automática. Le brillan los ojitos, y yo sé que por dentro su corazón se hincha de emoción. Claro. Yo creo que el único partido de Colo-Colo que han visto es la final de la Copa Libertadores que, como me cuentan, la vieron en la casa de unos amigos de la Ucé, allá en el barrio alto. Da lo mismo.

Cómo fue que yo me hice más hincha —convengamos que el término es relativo— que ningún integrante de mi familia, esa es una discusión más compleja. Mis papás

nunca me dijeron «hija, tienes que ser de Colo-Colo» o «Colo-Colo es el más grande», tampoco me llevaron al estadio. De hecho, la primera y única vez que mi mamá ha ido al estadio fue porque yo la invité. Fue para la despedida del Cóndor Rojas el 2013. Mucho menos los escuché nombrar al equipo rival.

Tuve una infancia llena de una colocolinidad indirecta, pero omnipresente. El himno cumplió una función clave en esto («Colo-Colo, Colo-Colo/el equipo que ha sabido ser campeón»). Hasta los 10 años viví en un departamento cerca de la rotonda de Departamental, y desde el balcón de nuestro tercer piso pasé mi infancia viendo los fuegos artificiales lanzados del Estadio Monumental, que significaban solo una cosa: Colo-Colo campeón. Disculpen los demás mi ignorancia infantil, pero para mí hasta bien grande el único equipo que existía en Chile era Colo-Colo.

Claro, todas estas cosas fraguaron mucho después. Tuvieron que pasar muchos años —pasar todo el ciclo escolar con indiferencia hacia el mundo del fútbol, algunos años universitarios en que las prioridades eran otras— para que el sentimiento de alegría al ver los fuegos artificiales de ese presente, que ahora es pasado, se transformase en esta nostalgia que siento ahora cuando pienso en Colo-Colo.

No me llamen exitista. Lo dice Galeano en su texto Fervor a la camiseta, en el que describe a un escritor uruguayo ajeno al fútbol que descubre la razón por la que se siente bajoneado tan de repente tras escuchar un clásico por la radio. La razón es porque un equipo (que ahora descubre suyo) había sido goleado por su eterno rival, y por primera vez se encuentra con esos sentimientos desconocidos para él y que son propios del hincha que ama a su

club. Tal como Paco Espínola —el escritor aludido— yo me hice hincha cuando Colo-Colo tocó fondo.

Esta emoción, o el manoseado sentimiento hacia Colo-Colo, es inquebrantable. Yo sé que somos millones. Puede que hayan colocolinos que nunca conocerán el Estadio Monumental, incluso puede que algunos nunca lleguen a ver un solo partido del equipo, a lo mejor otros ni siquiera saben quién es David Arellano, hasta es probable que varios no sepan cuántas estrellas tenemos, y un largo etcétera de posibilidades. Sin embargo, Colo-Colo es tan grande —mucho más de lo que nos imaginamos y nos jactamos de saber— que pasa por alto todas esas cosas y se instala sin intermediarios, directamente en el corazón. Esa es mi explicación para que gente que no es futbolera —como mi mamá, mi abuela paterna, la señora Marta que me

hospedó en su casa en una isla perdida de Chiloé— sea colocolina de corazón.

Tengo dos hermanas más chicas que yo, de 15 y 19. La más chica no ve ni siquiera los partidos de la Selección. La más grande los ve, y sería. No va a ser mi papá el que las inicie llevándolas al estadio. Voy a ser yo.

Antes de dormir ayer me imaginaba una conversación con mi hermana chica que empezaba así:

—Naty, te quiero hablar de Colo-Colo —. La fantasía se tornó más real pensando en que podía ser justamente en el Estadio Monumental, en las graderías de Cordillera al centro arriba; a lo mejor para los partidos de Copa Chile, cuando la lleve por primera vez. La mayoría de sus compañeros del colegio son del equipo de azul. Por razones obvias. Tengo que apresurarme.

Esa conversación no sería para hablar del rival, ni para decirle que tenemos 30 estrellas, ni que somos el único equipo que ha ganado la Libertadores (bueno, a la pasada, a lo mejor sí tendré que contarle esos detalles). La conversación sería para contarle de un equipo tan grande que más de la mitad de Chile se siente representado en él, sin la necesidad de representar a nadie más que a él. Un símbolo. Un indio en el pecho. También para contarle que es un orgullo representar a nuestra raza sin igual. Tal vez añadiría las historias de Arellano, de la quiebra, de la hazaña de la 30.

Sin embargo, haré especial hincapié en decirle que aunque Colo-Colo es el que más ha ganado, y contrario de lo que se podría pensar visto desde fuera, no ha sido fácil. Colo-Colo, al fin y al cabo, es el más ganador porque ha sido el equipo que más ganas ha tenido de ganar. Es algo

genético, una necesidad constante. La alegría del pueblo. Del verdadero pueblo. Por su empuje y coraje, porque ha sido el que ha sabido levantarse más rápido que ningún otro luego de los fracasos. Para mí ese es el orden. Colo-Colo: valiente, fuerte y grande, por su hidalguía ha sido el equipo que ha sabido ser campeón. Luego vienen las copas, como consecuencia. Un destino imposible de evitar.

Siempre es bonito ver las cosas en perspectiva, lo hice mucho en estos años en que no teníamos por donde salir a flote. Y Colo-Colo finalmente tiene algo de eso. Una historia eterna, que cuando nos toque dejar de existir, Colo-Colo seguirá. Serán otros los que podrán seguir sus hazañas. Por algo es el Eterno Campeón. Por algo será que la parte del himno en la que más me emociono es cuando Mario Barrientos predice: «Antorcha inmensa de gloria es su

destino». Inmensidad y Eternidad. Lo vasto. Lo infinito. Y mi mamá diciendo «Pero si Colo-Colo es Chile».

Espero que mi hermana lo logre entender. Y que, sin darse cuenta, tal vez en el mismo estadio, o en muchos años más, se dé cuenta que su corazón ya es colocolino y para siempre.

# Trilogía

*Carola Muñoz*

## De la mano de mi padre

De la mano de mi padre Lorenzo camino a ritmo atípico hacia aquella construcción. Sus manos grandes y su paso lento cobijan mi entusiasmo, mi curiosidad. No recuerdo las preguntas que le hice, no recuerdo los rostros alrededor, pero las imágenes inconexas sostienen el encuentro inevitable con lo que viene.

Ahí está imponente y monstruoso el Estadio Nacional. A los ojos de una niña pequeña, gigantesco. Cuando entramos miro a mi padre, ¿qué buscan sus ojos, a quiénes quiere encontrar, quiénes faltan en ese encuentro?

Todos caminan rápido, buscando el mejor lugar. Hay entusiasmo, caras alegres,

hombres con radios pequeña pegadas al oído escuchando voces ansiosas, equipos y nombres; el más importante: Colo-Colo. El Cacique tiene una nueva cita y estoy ahí, yo estoy ahí.

Cuando entramos miro la cara de mi hermano Marcelo, quien con tan pocos años repite con entusiasmo los nombres de los titulares de ese día. Sus ojos chinos no pueden contener aquella visión casi mágica, él y yo tratando de asimilar algo que no cabe en los ojos, sonreímos nerviosos. Vuelvo a mi padre y solo hoy realmente comprendo. Vive la fiesta, está con nosotros, traspasando historia, sembrando en sus hijos aquella alegría que siente cuando ve al Cacique. Pero la contradicción, siempre presente, se instala en sus lágrimas calladas, en el silencio selectivo, en la aurora de aquella memoria que vuelve, una y otra vez, a golpearlo.

Es la primera vez que vuelve al Estadio Nacional después de su detención el 73. Obrero textil de Fabrilana, fue sacado junto a sus compañeros el 12 de septiembre y llevado al recinto deportivo convertido en campo de concentración. Nunca nos dijo una palabra de aquel mes interminable, no hablaba de esos días. Cuando cumplí 20 años recién nos contó, que lo peor no fueron los golpes, ni las humillaciones. Nos dijo que lo más terrible, era la alegría de aquellos compañeros que pensaban que estaban saliendo en libertad, cuando realmente estaban siendo llamados a la muerte.

En el entretiem po vamos a comprar algo y él mira hacia el sector de camarines, ¿a quién llama, a quién necesita?

El tiempo pasa rápido en el estadio, todo es fiesta. Las banderas flamean contentas.

Sin saberlo, el Colo propicia un encuentro, el encuentro con la memoria, con las viejas convicciones. El Cacique proletario vuelve a levantarse en victoria, para la alegría de todos y estoy ahí, yo estoy ahí, de la mano de mi padre.

### **El gol de Alfonsina**

Las manos de Alfonsina, mi madre, amasan con firmeza la mezcla que nos deleitará. Hoy los panes deben quedar como nunca: grandes y voluptuosos, atractivos para distraer estómagos y miradas.

Nos preparamos para ir al estadio mi mamá, mi hermano y yo. En ese tiempo, bombos y alimentos estaban permitidos. Alfonsina se esmera más de lo acostumbrado para que la malla de feria quede rebosante. Poco a poco ha envuelto los panes.

Tomamos la Diagonal hacia el mismísimo estadio de Ñuñoa. Hoy juega el Colo a estadio lleno, llenísimo.

En la revisión previa al ingreso, mi mamá nos pone delante de ella. Sin miradas gentiles nos dicen que ingresemos. Un carabinero mira la bolsa con la comida que lleva mi madre y le hace la pregunta de rigor:

—¿Qué lleva en la bolsa, señora?

—Pancitos, huevos duros, algo para que comamos con los niños —responde, durante el toqueteo.

—¡Ya, pase!

Cuando entramos al estadio, nos cruzamos con algunos conocidos, pero extrañamente no nos saludaron, entre ellos mi tío Jaime.

—Mamá —le digo—, ahí va mi tío Jaime, parece que no nos vio.

—Yo creo que te confundiste.

Nos sentamos en las gradas a comer los ricos pancitos. El partido comienza y las banderas albas se alzan, junto a los ceacheí y los ¿quién es Chile?.

En el entretiempo nos dice que tenemos que ir al baño. En el sector de los baños se junta mucha gente.

—Caminen al lado mío, sin separarse —nos dice.

En ese momento, veo que a nuestro encuentro viene mi tío Jaime o el Repo, Bartolo, Camilo, como lo conocían otros.

—¿Viste, mamá? Ahí viene mi tí...

—¡Cállate! —se escuchó rotundo.

El Jaime era flaco, más flaco que cualquier flaco, pero andaba con una parka tan abultada que parecía un oso. Nos saluda corto, pero sonriente. Mi mamá media enojada le dice que se le nota mucho que tiene algo en la chaqueta.

—Las palomas volarán rapidito —le dice. Nos quedamos a un lado mientras ellos conversaban. Mi mamá le pasa la malla de feria, con los pancitos que quedan y luego volvemos porque está por comenzar la segunda mitad.

Después de algunos minutos se escucha el estruendo de gol. Gritamos, nos abrazamos, llueven los papeles picados y los no tan picados, todo se llena de panfletos. Gol, gol, gol. Después que caen los papeles y papelitos, las personas miran hacia atrás,

hacia arriba. Todos mudos pero contentos, un lienzo escrito en saco de harina, amasa la única consigna: «¡Fuera Pinochet!». Hay miedo y risas, complicidad y sorpresa. La propaganda se hacía donde había pueblo y la tribuna Andes, ese día, era eso: pueblo.

Miro a mi madre, sin la malla, ni los panes. En la gloria del Cacique el lienzo dura tres minutos antes de que los pacos lo retiren. Nuestros corazones y nuestros estómagos se retiran satisfechos con la victoria.

### **Caszely, Condorito y las banderas**

Mil novecientos ochenta y cinco, Caszely se retira del fútbol y todos tenemos una inmensa gratitud; son los goles, el espectáculo, la sonrisa. El mejor de Chile y es del Colo.

Nos vamos tempranito porque la fiesta será en grande y tenemos que encontrar

un buen lugar. Alfonsina, Lorenzo, Marcelo y el integrante más pequeño de la familia: Víctor Salvador, mi hermano chico. Tiene tres años y se pone sus pantalones rojos cada vez que hay un evento importante.

Al subir a la micro nos encontramos con vecinos que van a la misma fiesta, es un día especial. Banderas, cintillos, fotos. El protagonista es un hombre singular, que además de jugar bien a la pelota nos ha mostrado que desde su sitio de ídolo algo puede decir y hacer por un país que lleva doce años bajo una dictadura sin máscara, un Estado represor que sin tapujos muestra los colmillos. Hoy habrá homenaje y, esperamos, algo más.

Las conversaciones se entremezclan con el maní salado, las bebidas, los cánticos. Un pueblo que reconoce a uno de los suyos enarbola la pasión. Entre risa y risa sale

un hombre a la cancha para entretener a la hinchada. Disfrazado de Condorito, su cabeza inmensa representa al personaje. La galera ingeniosa responde rápido al ave entusiasmado: «Condorito comunista» y las palmas, «Condorito comunista». El pobre no sabe qué hacer, mueve la cabeza negándolo todo, debe estar muerto de miedo. Su camiseta roja oscura, casi amaranto, hace que el pueblo militante le grite, naturalmente, lo que está prohibido.

Empiezan a salir a la cancha las figuras. La locura se desata cuando nombran a Carlos Caszely, las palmas duelen de tanto aplaudir.

En cierto momento del partido, todo el estadio empieza a mirar hacia el mismo lugar. Eran decenas de banderas del Partido Comunista flameando para coronar una tarde inolvidable. En esos tiempos todavía le teníamos cariño al PC, luchaba codo a

codo en las poblaciones, hacía acciones audaces, por lo que solo la presencia de aquellas banderas era una invitación.

Con el partido próximo a terminar, mi papá nos dice que ya tenemos que irnos.

—¡Pero si todavía no termina el partido! —  
le decimos.

— ¡Ya! Tomen sus cosas y vamos caminando —  
—. Cuando vamos hacia las escaleras se escucha con claridad lo que muchos gritan saltando:

—¡Y va a quedar la cagá! ¡Y va a quedar la cagá!

Ya en la micro, sentados, se escuchan de fondo las sirenas, pasan raudos los guanacos y comprendo lo que puede generar ese pueblo que admira al Rey del Metro Cuadrado.

# V Colocolino

*Colocolino* es de 2014 y recopila las mejores columnas de Álvaro Campos en el sitio web de *El Gráfico*, en un espacio denominado *Blog del hincha* para el que contactaron al movimiento Colo-Colo de Todos en representación de la afición alba. Dos veces por semana, estas columnas retrataron el acontecer de Colo-Colo dentro y fuera de la cancha. Otro de los autores de dichas columnas fue Ricardo Benavente, quien escribió el prólogo de este libro:

«Colocolino —cómo no— habla de la colocolinidad, desde el punto de vista de un hincha acérrimo, quien no solo escribe desde su propia experiencia, sino también

desde los zapatos de otros fanáticos, observando nuestras individualidades y nuestra colectividad. Diversas historias que apasionan y emocionan. Más de alguna lágrima caerá en estas páginas, que están llenas de pasajes en que nos vemos interpretados. Hay sentimientos que ni siquiera hemos sido capaces de verbalizar, y estarán plasmados aquí por uno que logró hacerlo por y para todos nosotros.

»En las líneas aparece uno mismo, pero también nuestros padres, abuelos, hermanos mayores o amigos. Algunas escenas que quizás conocíamos y otras que estaban algo nubladas en nuestras mentes,

para ser aquí rescatadas. El factor común en todas ellas es un estilo único, original, profundo y detallista, con un importante grado de locura —concepto estrechamente ligado al fanatismo— que se agradece y aplaude. Todo basado, además, en un profundo conocimiento y amor por Colo-Colo, con sus raíces, su esencia y lo que representa para nuestra sociedad».

Las columnas contaron con la edición de Marcos Hurtado, Lorena Ríos, Jaime Liencura y Gonzalo Bravo. Cristián Fernández diseñó la portada.

El lanzamiento fue en nuestra querida sede de Cienfuegos 41 que tarde o temprano recuperaremos.

En la presentación estuvieron Sebastián Salinas, Víctor Gómez, Pavel Piña y Alejandro Zúñiga. Por otra parte, aunque Julio Salviat

se excusó por motivos personales, se hizo presente a través de un afectuoso correo electrónico que fue leído en la ceremonia.

## **¡Vámonos, Quiñones!**

Vámonos, Quiñones: qué te vai a quedar discutiendo con esta gente. Son piedras, Quiñones. Hablar con ellos es como hablar con una pared.

Vámonos, Quiñones: se hace tarde ya y no podemos pasarnos todo el día, todo este 4 de abril histórico, en una asamblea de socios de este Magallanes que está cavando su propia tumba. Déjalos, Juan. Que hagan lo que quieran. Que sigan jugando los viejos apernados en la titularidad. Nosotros somos mejores que ellos. Nosotros somos jóvenes. Tenemos a los Arellano, qué nos puede faltar.

Vámonos, Quiñones: este club es pasado. Es naftalina y sepia. Que los que mandan hoy sigan mandando y que los que toman estas decisiones carguen con el peso de sus consecuencias.

Vámonos, Quiñones: está todo mal acá. Vámonos de esta pega. No nos respetan, no nos escuchan. Llegamos a la hora y cumplimos con las metas, demostramos capacidad y talento, pero siguen ascendiendo a gente zalamera y trepadora. El mundo es de ellos. Que lleguen a la cima si quieren, nosotros haremos nuestro propio rumbo.

Vámonos, Quiñones: porque la empresa en la que trabajamos no nos deja ni tener sindicatos. Porque usan el multirrut para saltarse las leyes laborales y no darnos nuestros beneficios. Nos exigen cada vez más y nos dan cada vez menos.

Vámonos, Quiñones: porque estamos trabajando subcontractados a 3 horas de la casa y hay que irse parado en la micro viendo la frustración en los rostros de gente que parece sufrir aún más que nosotros.

Vámonos, Quiñones: porque no se puede vivir en este barrio al que llegamos a derrumbarnos de sueño y cansancio. No se puede caminar tranquilo por las calles de noche y los niños no tienen dónde jugar entre los espacios que la delincuencia les arrebató.

Vámonos, Quiñones: porque no salimos en la tele. Porque nuestros problemas, nuestras historias, hasta nuestras facciones, no aparecen en pantalla cuando llegamos a distraernos tomando té y comiendo pan con palta. Es un mundo lejano y son miles los muros que nos separan de él.

Vámonos, Quiñones: porque nos robaron nuestras jubilaciones, la plata de nuestra salud solo sirve para alimentar la actividad bursátil que premia a otros bolsillos.

Vámonos, Quiñones: porque este país sigue siendo una salitrera y nos pagan en fichas para canjear en la pulpería que es la multitienda, pagándole a nuestros patrones cuotas de regalos para nosotros mismos que luego nosotros mismos iremos a cambiar por algo que nos guste más, pagando una leve diferencia con nuestras plásticas tarjetas. Negocio redondo para ellos, nuestras vidas.

Vámonos, Quiñones: porque antes quedábamos botados después de salir del colegio, pero hoy la opción es terminar botado y encalillado un par de años más tarde. Así nos endeudan y nos esclavizan. No quieren que aprendamos, no les conviene. No quieren que nuestros hijos superen a sus hijos.

Vámonos, Quiñones: porque los políticos nos engañan cuando fingen escucharnos,

porque solo les interesamos cuando quieren nuestro voto o una historia que los lleve a aparecer en los medios.

Vámonos, Quiñones. En serio. Ya poh, vámonos.

Vámonos, Quiñones: porque cuando compramos acciones de la concesionaria fue para salvar al club de nuestros amores, no para que Larraín Vial ostentara un poder que no es suyo sino nuestro. Vámonos, saquemos nuestras acciones de ahí.

Vámonos, Quiñones: porque los que no saben nada de nada están destruyéndolo todo. Porque armaron una farsa para hacernos quebrar a la mala y apoderarse de nuestro mayor tesoro, y ahora que lo consiguieron lo están haciendo trizas con la ineptitud que su poder esconde.

Vámonos, Quiñones: porque traen jugadores malos a propósito, para ganar plata con las movidas de las transferencias. Porque no les interesa el bien del equipo, total, ni siquiera tienen que pagar la deuda del Fisco. Era todo mentira, Quiñones. ¿Todavía no lo entiendes? El Estado solo les está construyendo estadios y condonando deudas, para que ellos sigan tragando y tragando hasta que no quede ni pasto en las canchas. Planean irse, después, a depredar otra área de la economía del país, donde seguirán haciendo lo que hacen en todos lados. Saquear. Mentir. Abusar.

¿Sabís qué más, Quiñones? Vámonos.

Fundemos Colo-Colo.

¿Que ya lo fundaron hace años? Qué importa. Fundémoslo de nuevo, entonces. Vamos al Quitapenas y empecemos a

construirlo todo, otra vez. De a poquito, entre muchas manos. Mira las filiales, Quiñones. Van apareciendo como estrellas tímidas en el cielo de la tarde, pero van a ser un concierto de luz. Lo vas a ver conmigo. Vamos a estar juntos cuando suceda.

Eso es lo que hace Colo-Colo, unirnos a todos a lo largo del país y de los años. Hoy nos vamos todos juntos de la asamblea de socios del Magallanes, y aprovechamos de enseñarles a los imbéciles ignorantes que el Cacique se originó en una asamblea de socios.

Agarremos nuestras cosas, entonces, y vámonos de aquí. Por la Avenida Independencia va caminando David Arellano y sus hermanos. Están otros de tus compañeros, pero a muchos de los demás tal vez no nos conozcas. Somos millones que nos hemos sumado a través de las décadas. El viejo de ahí es mi abuelo. Yo tampoco lo conocí, pero se subía a una micro

rumbo a Santiago para ver al Colo en el Estadio Nacional. El musculoso de ojos claros que habla con acento argentino, de ese te voy a hablar más rato. Es chileno, en todo caso. Y no fue casualidad que David le sonriera.

Vámonos, Quiñones. Vamos a fundar Colo-Colo. Va a ser hermoso, te lo prometo.

## El Gol Triste

Celebramos abril por la razón que Chile entero conoce. Pero podríamos celebrar todo el año. Podríamos conmemorar marzo por el «¡se pasó!» de Caszely, o mayo por la muerte de David. O junio por la hazaña del 91. Julio por el penal de Aceval. Septiembre por el Monumental. Diciembre, por tantos campeonatos.

Tantos campeonatos. Tantos goles.

Y si hablamos de goles, déjenme contarles de uno muy especial. Pasó en abril. El 15 de abril.

Para entenderlo bien hay que tener la edad justa. Hay que haber ganado la Copa Libertadores a esa edad en que los niños viven, respiran fútbol. Esa edad en que nada más existe. Cuando los jugadores

no son héroes, sino que superhéroes, aún protegidos por la neblina mágica que baña la infancia.

Pero luego hay que crecer. Hay que perder un par de veces después de haber sido invencible. Hay que descubrir que la vida es más que fútbol. Hay que escuchar discos, enamorarse. Ver mucha televisión.

Hay que ser un adolescente que aprende a desconfiar, a descreer, que observa que los adultos se toman el fútbol distinto, como una entretención, nada de vida o muerte.

El gol comienza con un rumor que leí en la *Don Balón*, pero me negué a creer hasta no ver con mis propios ojos a Barti jugando por la Católica.

En ese momento debí haberle dado la espalda a él como mi ídolo, a Colo-Colo, al

fútbol, a todo. Así hubiera tenido una vida más normal, menos neurótica. Pero no supe hacerlo. No hay vuelta atrás con las pasiones.

Lo que pasó dentro de la cancha ya se sabe. Ahí están las imágenes. Muchos ni buscarán el video porque se saben la escena de memoria. Barticciotto recibe el centro desde la izquierda y con un rechazo de volea deja a contramano al arquero Luis Barbat en el arco sur del Nacional.

Y no celebra.

Llegan sus compañeros a abrazarlo y él tiene una cara de esas que no se pueden fingir. Más tarde, ya en el camarín, el Beto Acosta le comentaría que lo vio tan triste que más que felicitarlo sintió ganas de ir a darle el pésame.

Fuera de la cancha pasó que un hincha,

entre tantos millones, comprendió que el fanatismo no era un delirio pasajero ni una fijación infantil, era algo que duraba para toda la vida, sin renunciaciones. Así lo vivimos, domingo a domingo. No sacamos ningún provecho de este sentimiento que nos esclaviza pero seguiremos estando ahí siempre, nosotros los hinchas de a pie, los de verdad, a quienes nadie nos regala nada ni nos da beneficios de ningún tipo.

Ya sé que fue un gol contra nuestro equipo, pero es mi gol favorito por lo que implica. Significaba y sigue significando que por más que algunos digan que esto es un espectáculo y un negocio, hay algo que queda más allá de sus cálculos. Pueden comprar a un jugador y él puede rendir como un profesional y hacer su trabajo. Si Barti daba el pase o la mandaba sobre el travesaño, nadie lo hubiera notado. En cambio, cumplió con su deber y convirtió el gol. Sí, para eso le pagaban. Pero quienes compraron su pase no

compraron sus sentimientos. Sus sentimientos estaban con Colo-Colo y tampoco nadie aquí se los compró.

¿O creen que recibió un bono por horas extra cuando en 1996 lo expulsaron en una semifinal de la Copa Chile—el día del banderín de Espina— y se fue a la tribuna a saltar en el tablón como uno más de nosotros?

Que en Blanco & Negro (palos blancos, manos negras) lo tengan claro:

Pueden comprar activos y manejar pases. Pueden llenar directorios con títeres funcionales a sus ambiciones de dinero y poder. Pueden usar nuestro sentimiento para su conveniencia, pueden usar a la institución como a un pozo hasta secarla y cuando se vayan —si es que no hacen trampa y se quedan— solo dejar un club desolado y a medio morir. Pueden vestirse con nuestros

ropajes, pero no pueden sentir nuestra pasión, que es nuestro más grande tesoro.

En la época que a los colocolinos de hoy nos toca vivir, cuando las garras empresariales parecen apoderarse de todo, bien vale destacar el ejemplo de un simple jugador que en la cancha nos recordó que ciertas cosas no se transan. Hay sentimientos mucho más elevados.

Un 15 de abril Marcelo Pablo Barticciotto nos hizo un gol, como un profesional. Para él fue su gol más triste. Para mí fue la derrota más linda de todas.

Un 15 de abril Marcelo Pablo Barticciotto demostró que era algo más que un profesional. Algo mejor: Era un hincha. Recordémoslo así.

Bueno, y como un héroe. Un superhéroe.

## Sueño 9: Lennon colocolino

El Gringo Robledo nació en Iquique. Allá nadie le decía gringo, ni a él, Jorge, ni a su hermano Eduardo. Gringo le dirían a George y a Ted después, cuando Colo-Colo los repatriara en la que fue la contratación más espectacular de la historia del fútbol chileno. Entre su partida del país a los 5 años y las fotos en que sonríe orgulloso calzándose la 9 del Popular, George se inscribió como uno de los jugadores más importantes de la historia del Newcastle United.

Era bajo, pero fuerte y, aunque hablaba con el acento de Yorkshire de su madre inglesa, proyectaba con su imagen y apellido el aire exótico de una estrella foránea cuando prácticamente todos los jugadores de la liga inglesa eran británicos. En el Newcastle lo recuerdan por su récord, vigente aún, de

39 goles en una temporada, y también por la primera vez durante el siglo XX en que un equipo ganó la FA Cup dos veces seguidas.

Robledo, el primer sudamericano en jugar en Wembley y el primer no británico en anotar un gol en ese estadio, le dio una asistencia a Milburn en el 2-0 sobre el Blackpool en 1951, pero su mayor hazaña, el punto más alto de su gloria, ocurrió el año siguiente al marcar de un excelente cabezazo el único gol con que le ganaron la Copa al poderoso Arsenal de Londres, a 5 minutos del final. El sueño del pibe.

Otro sueño, distinto, va persiguiendo el periodista Néstor Flores en su cama, en ese estado raro en que uno piensa cosas brillantes que olvidará mañana. Lleva tiempo trabajando en un libro sobre la misteriosa y fascinante historia de Ted, desaparecido en un barco persa que zarpó de Dubái.

Ha revisado archivos y fotos del hermano menor, mediocampista regular pero protegido por el destello del primogénito George. Hay una foto que recuerda haber visto antes, pero no sabe dónde. Y entonces se levanta, va a su colección de discos, y lo confirma. Nadie lo había notado antes.

John Lennon puso como carátula de su álbum solista de 1975, *Walls and Bridges*, un dibujo de su niñez. 11 años tenía, según documenta su propia letra. La similitud es indesmentible, por lo que todo apunta a que replicó, como tantos lo hicimos en nuestra infancia, la foto de un diario. En este caso, la foto del iquiqueño Robledo con el frentazo que lo hizo campeón en Wembley. Robledo, el ídolo colocolino, campeón, seleccionado, mundialista, fácilmente entre los 10 mejores jugadores que se han vestido de blanco.

A los Beatles no les gustaba mucho el fútbol. En Liverpool, precisamente el puerto donde llegó el barco desde Chile con los 3 hermanos Robledo y su madre en su regreso a Yorkshire, las aficiones se dividen mayoritariamente entre rojos (Liverpool) y azules (Everton), aunque se suele apoyar principalmente a la ciudad, por lo que el suyo fue conocido como el «friendly derby».

Lennon era del Liverpool, pero acompañó a McCartney a una final que jugó el Everton en 1968. Ninguno de los dos era muy futbolero, aunque según Pete Best, Lennon era el mejorcito de los Beatles jugando a la pelota. También fue John el que mencionó a Matt Busby —que jugó de 8 por los Reds durante media década— en la canción *Dig It*, y quien sugirió que entre la inmensa cantidad de rostros que forman parte de la icónica portada del disco *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* se incluyera a Albert Stubbins,

ídolo futbolístico de su papá. Stubbins llegó al Liverpool FC en 1946 tras jugar en el Newcastle y llevaría a los rojos a su primera final en Wembley, en la FA Cup que perdieron ante el Arsenal en 1950, justo antes de las dos victorias de Robledo.

Ringo era el más interesado en el fútbol, aunque su tío londinense lo hizo hincha de los Gunners, y lo llevaba al estadio cuando visitaban su ciudad. En cuanto a Harrison, él mismo lo dijo: «En Liverpool hay dos equipos, y a mí me gusta el otro». Lo suyo era la guitarra, los autos rápidos, la meditación.

Volvamos a Lennon. Siempre hay que volver a Lennon. No vale la pena darle muchas vueltas al dibujo. Unos creyeron que lo hizo como hincha del Newcastle, otros que lo hizo porque Newcastle era el nombre de la calle donde vivía, o porque luce el número 9 en una espalda y él tuvo

siempre una fascinación por ese número. De hecho, su casa era el número 9 de la calle Newcastle, palabra que tiene 9 letras, igual que Liverpool. Él pensaba siempre en esas cosas. Bautizó una canción *Revolution 9* y a otra, que aparece en el *Walls and Bridges*, le puso *#9 Dream*.

A causa de una leyenda nunca comprobada, que se puede encontrar con facilidad en Internet, la hinchada de Racing de Avellaneda tomó como verdad que Lennon era racinguista. Así no más, pasó a ser parte del imaginario de los hinchas académicos. Este dibujo, en cambio, es un hecho fehaciente. Claro, de ahí a verlo saltando en el tablón por el Albo hay tres mundos de distancia.

Lo que pasa es que hay muchos Lennon. A mí me carga el de feria artesanal, con una Imagine completamente edulcorada

en un cliché pacifista simplón, lejos del manifiesto comunacho anticlerical que le dio por escribir originalmente. Lennon no era un sabio pacifista, muy por el contrario. Tuvo, sí, una época de esa onda como tuvo muchas épocas de muchas otras. También pasó plata al IRA. Era cambiante y paradojal. Fue abandonado por su padre y él mismo abandonó a su hijo. Le dio por la psicodelia, le dio por la meditación trascendental, le dio por la política, le dio por la vida hogareña cuando se retiró de la música.

Barsamente, descaradamente, declaro a Lennon colocolino. Es mi máximo ídolo, mi principal referente, y lo he escuchado, leído, investigado, visto, pensado lo suficiente como para que se me haga fácil imaginarlo vivo, viejo, viniendo a Chile de gira. No estaría ni cerca de la capacidad intacta de Paul, que todavía canta como si tuviera 18, y tampoco tocaría todos sus

éxitos, porque consideraría que la mayoría de ellos valía callampa.

Si Lennon no hubiera sido asesinado absurdamente el 8 de diciembre, la fecha en que el mundo se tomaría un instante para pensar en él sería el 9 (¡otra vez 9!) de octubre, su cumpleaños. Lo veo, como decía, con 73 años, de paso por este rincón del mundo. Respondiendo miles de preguntas raras y obvias, como en ese sketch del programa *Plan Z*. Me gusta imaginar a algún entendido que le señala una portada que lo enlaza lejanamente con Chile. Tal vez nosotros mismos en Colo-Colo de Todos, yéndolo a buscar como cuando nos juntamos con Eduardo Galeano y le regalamos la camiseta. Es fácil pensar en una sonrisa, en un cariño chistoso. Más fácil aún, algún comentario sobre los grandes capitales aplastándolo todo, el fútbol mundial como un ejemplo. ¿Cuánto

se demora una persona en saber que existe algo que se llama Blanco & Negro antes de entender su escandalosa naturaleza?

Cállense todos, no necesito el pensamiento lógico y comprobable, científico, que tanto daño nos ha hecho. Déjenme con el absurdo, la imaginación y el capricho. Lennon enseña un poco eso, el buen humor, la infancia recobrada a voluntad. El sueño.

9 de octubre. Lennon. Colocolino. Combatiendo a los *blue meanies*. Colocolino como tantos otros millones, como el mismo Néstor Flores, a quien su papá, fanático albo, le decía que no habría nunca otro como Robledo.

Curiosamente, muchos rehúyen de los Beatles por las mismas razones que otros rehúyen de Colo-Colo: porque ambos son imbatibles en lo suyo, y representan el gusto

popular de las grandes masas. Entonces, los tercos y rebuscados les agarran ese odio elitista.

Filo. Power to the people. Right on. Lo que quiere el pueblo, que se vaya Blanco y Negro. Esta lucha no la podemos dar y no la vamos a ganar sin las lecciones que dejó el Beatle. El idealismo al extremo del ridículo, el corazón por sobre la cabeza, dejando correr libre la rabia y el dolor que nos provocan los hijos de puta en vez de esconderlos, pero equilibrando todo con la hermosura del sentimiento más puro. Este amor que es todo lo que necesitamos.

## Informe de una década

Habría que partir por reconocer los errores. Tenía razón, la Bruja Romero nunca resultó ser el crack al que le puse mi confianza. «¿Y es argentino ese hueón?» repetía burlescamente cada vez que la perdía.

También te equivocaste tú. El Alonso Zúñiga que te deslumbró en el Wanderers de la campaña que seguiste con el tío Tino no solo fue un bodrio en Colo-Colo, sino que después de unas cuantas declaraciones tribuneras, selló su destino de fracasado vistiéndose de azul.

Neira nunca terminó jugando de 8 como auguraste. Es cierto que tenía el buen pie, pero hasta su retiro mantuvo ese olfato maldadoso con que a sus 15 años nos hacía madrugar. Tampoco Tapia jugó en

ese puesto, pero no te sorprendería verlo en la banca alba. Está tirando al equipo pa'riba el Tito. Las vimos duras con una vuelta muy desafortunada de Benítez, que a ti nunca te gustó mucho, aunque antes de sus triunfos, allá por el 95, simplemente lo odiaba. Una vez quedamos eliminados de una copa internacional, y tú reclamabas solo, paseándote por el living, y gritando que cuando se había visto un buen entrenador paraguayo. La Carola se rio de ti y te dijo que parecía Bonvallet.

Bonvallet. Me da hasta vergüenza reconocerlo. Le compré todo su discurso. Hubiera disfrutado maliciosamente verlo destrozarse su credibilidad tanto fracasando en la banca como con los escandalillos de su vida privada. Pocas cosas disfrutaba tanto como tener la razón. Hoy lo sigo considerando un entendido en fútbol, pero ahora cacho más aspectos: que su

personaje es cómico, que su discurso es simplón, que sí vendió a sus compañeros más allá de que sus caídas de cassette eran ciertas. Ya no existen los cassettes.

Me imagino ahora a algún patadura de los noventa agarrando los micrófonos y predicando lecciones, y ahora es tan fácil descubrir a un chanta. Pero más que nada, me impresiona imaginar dónde me hubiera llevado mi credulidad adolescente si el discurso violento, chauvinista y discriminatorio me hubiera pillado desprevenido en algún otro contexto.

A ti no te gustaban los farsantes que se andaban quebrando, te gustaban los ingeniosos. Le celebrabais una buena talla hasta a los que te caían mal, desde el Superman Vargas a Maradona. Pero en ese sentido tu favorito era el Bichi. Te encantaba el Guatón, verlo jugar, escucharlo declarar.

Desde la conferencia de prensa en que asumió la banca del Popular, cuando dijo que si su señora lo dejaba por otro él se iba con ellos, te hubiera conquistado como entrenador.

Y lo que vino después, cómo te lo explico. No he visto a gente vestida con nuestra camiseta jugar mejor. Qué pena que no lo viste. Era el fútbol que te gustaba, eran pura alegría. Una vez, hablando sobre los niños de la sub-17 de Japón comentaste que cualquier jugador de la cancha tenía el arco contrario en la cabeza. Bueno, así jugaban estos muchachos. Y eran colocolinos hasta los huesos, de lo último que alcanzó a criar el club. Me pregunto a quién hubierais preferido: Valdivia o Fernández.

De eso se trataba en esa época: ese equipo no tenía rival, goleaba al que se le cruzara (hacía al menos 3 y no paraba de buscar otro),

entonces su disputa era con el Colo-Colo 73, con los Héroes del 91, con el invicto de Platko. Perdimos la Sudamericana —¿conociste la Sudamericana?— ante un Nacional Llano, pero no fue un fracaso. Estuvimos ahí con Miguel, que ahora vive en Machalí.

Ahora bien, estos mercachifles corruptos de los que siempre desconfiaste, porque algo siempre te olió muy raro en la quiebra, vendieron a las estrellas y, en vez de reinvertir en el equipo, se llevaron las utilidades al bolsillo. El sinvergüenza de Piñera, de la mano de su socio Ruiz-Tagle, consiguió su objetivo de llegar a La Moneda, utilizando al Cacique en el camino y avergonzándonos a todos en una ridícula ceremonia en que se festejaron mutuamente en ausencia del plantel.

Después se nos puso complicado. Vinieron las vacas flacas, que no sé si alguna vez flaquearon tanto. Tú siempre comentabai

una sequía de 7 años. Llevamos menos ahora, pero más campeonatos. Además, nos hemos tenido que comer goleadas bien ignominiosas y hemos visto correr, o trotar, de blanco a una tropa de muertos sin corazón, traídos por coimeros que se arreglan los bigotes igual que antes.

Muchos sindicaban como el punto en que se fue todo al carajo el día que Barti renunció —volvió como entrenador y nos sacó campeones— en una teleserie que implicó a la dirigencia y a cabrones de camarín. Tú le hubierai hecho la cruz a Sanhueza y los suyos, aunque tampoco hubierai dejado de criticar al 7, porque sí se equivocó y no sentíai por él esa pasión engeguecedora, ese fanatismo febril que siempre te llamó la atención en mí. «Este hueón está enamorado de Barticciotto» le dijiste una vez a un amigo mío.

Qué más te puedo contar. A ver. Después de mucho pensarlo y consultarlo y reflexionarlo, terminé perdonando al Cóndor Rojas. Creo que tú también lo hubierai hecho, porque pasados los años uno se ablanda y, de todos modos, ya lo hice y qué. Lo perdoné en tu nombre y si no te gusta, cagaste.

Recuperé mi memoria fotográfica, después de que por la primera mitad de la década pasada todas las fechas se me hicieran nebulosas. Sí me acuerdo que estábamos viendo por la tele un partido en Calama (ganamos 2-1) cuando en el entretiempo tú te fuiste al hospital por un dolor raro, algo demasiado inusual en ti, que siempre evitabai los doctores. Cuando meses después nos confirmaron que no habría vuelta atrás contigo, no había más por hacer y en ese momento ni siquiera te podíamos ver, así que yo agarré mis hueás

y llegué a la casa. Prendí la tele y, en silencio, vi un pálido 4-0 sobre Temuco, solo. No recuerdo mucho más. Ni siquiera sé cuál fue el primer partido que vi sin ti después del 12 de noviembre.

Las viejas, como les decíai a tu esposa y a tu hija, están bien. Mandan saludos. Saben que no te voy a ver al cementerio si juega el Colo, porque estoy más cerca de ti en el Monumental. No conociste a la Anita. Todavía no es colocolina, pero tiempo al tiempo. La conquisté yo, que es lo más difícil; lo otro, que la conquiste el Cacique, es inevitable, fácil.

Otras cosas no son tan fáciles. Me pasó mucho el 2004, mientras cualquier equipito complicaba a un plantel mediocre: que me daba vuelta a decirte algo y no estabai. Siempre digo que no me duele que te hayai muerto, me duele que no estís vivo. No lloré en el funeral ni en el entierro ni

cuando vamos al cementerio, pero me costaba más aguantarme cuando en algún partido el lateral pasaba sin que le cambiaran de frente, me giraba a tu sillón para comentártelo y tu ausencia me pillaba mal parado, de sorpresa, de contragolpe.

Todo lo que no lloré antes, lo saqué de adentro a mares una noche que tuvo superclásico, final y penales. Si no moríai el 2003 te moríai ahí, el 2006, de la pura neura. Estaba tan tenso en la galucha que no podía ni cantar porque la voz no me salía y, cuando al fin ganamos, entre todo el bullicio y el griterío, pude imaginar nítida tu voz, en medio de los festejos, diciendo que eso era Colo-Colo, o alguna frase por el estilo. Abracé al Pato, que estaba conmigo, y me puse a llorar a lo bestia, con espasmos y todo. Me tuve que sentar porque las piernas me tiritaban. Un desconocido me tomó de la espalda y me sacudió gritando

«¡arriba, choro!».

Solo he vuelto a quedar así viendo la película *Sixty-Six*, especialmente su escena final, que explicita lo que siento por ti. El niño cuenta que lo que sucede cuando te conviertes en un hombre es que dejai de culpar a tu papá por no ser perfecto, y te dai cuenta que es un hueón común y corriente, y querís al hombre que es. Y que, ahí, en el estadio, pudo ser amigo de su papá y quererlo.

Tampoco es llanterío a cada rato. No hueís, poh. Uno también es bien machito pa' sus cosas. Apenas algunas lágrimas locas en la lejana ciudad de Coronel, este octubre, cuando sin ninguna razón, un amigo tomó la palabra en el entierro de su papá y, sin que nadie le reclamara nada, se puso a hablar de ti. Fue muy extraño, si ni te conoció. Se acordó de cómo llegabai con el diario y te lo devorabai. Hasta a mí se me había escapado

ese detalle: lo importante que fue la sección de deportes del domingo en mi educación. Tuviste harta paciencia en mi enseñanza, no solo con el fútbol, y me da un poco de lata sospechar que la gente piensa que lo único que tuvimos en común fue Colo-Colo, porque no fue así. Compartimos muchas cosas. Pero el fútbol... era otra hueá.

Ahora trato de honrar ese vínculo desde nuestra trinchera de Colo-Colo de Todos. Yo cacho que no hubierai creído en nosotros: tú naciste durante la Segunda Guerra Mundial y teníai muchos defectos, caleta, pero la ingenuidad no era uno de ellos. Tu generación aprendió a la mala que los poderosos no se dejan vencer así como así, con un puñado de sueños románticos. Pero no hubierai hecho nada para desincentivarme, porque sabríai que estoy haciendo lo correcto,

jugándomela con convicción por una causa justa. Hubierai respetado eso.

Donde sí tengo claro que hubierai roto las camisas de puro inflar el pecho es con estas columnas que escribo. Nunca lo busqué, pero una cosa llevó a la otra y terminé escribiendo «en serio», aunque no me paganni un peso. Yo te las enviaría con el mismo entusiasmo con que esperaba de niño que llegarai en la noche para mostrarte las historietas que dibujaba. Y te veo clarito, leyendo las columnas en voz alta, llevándoselas impresas a tus amigos del bar de Pedro de Valdivia. Chocho.

Tal vez veríai ahí los partidos, porque ya no querríai ir al estadio. Te gustaban los partidos quitados de bulla, contra Palestino o Rangers, y no andar entre las multitudes, que te cargaban. Me doy cuenta de que solo te sufriste las finales a estadio lleno para que

yo presenciara las vueltas olímpicas y tuviera recuerdos que me acompañen para siempre.

Por eso, ya sea en el estadio chico o en el estadio grande, me da mucha nostalgia cuando veo a viejitos canosos con hijos de mi edad. Esos pudimos ser nosotros. Qué injusto que no pasara. Nos merecíamos eso, ir ahora: yo te hubiera pagado la entrada y hubiera manejado yo. Yo pagaría la cuenta en los bares. Te preguntaría sobre tu larga historia de hincha, de la que me quedaron tantos vacíos.

Hay cosas que cuesta decir en voz alta, y créeme que teclear tampoco ayuda mucho. Viejo, te juro que yo devuelvo la Libertadores por volver a ir al estadio tomándote la mano.

# VI Aunque nos digan

*Aunque nos digan* es nuestro último libro hasta la fecha. Nació de una conversación el día del aniversario de Colo-Colo mientras almorzábamos en el restaurante Quitapenas, en Avenida Recoleta. Christian Álvarez estaba entregando su tesis de Estética y tenía que ver con el clasismo y el racismo que sufre el hincha de Colo-Colo. De inmediato nos pusimos a trabajar en el proyecto, que vería la luz el año 2019. Fueron varios meses de trabajo en el documento original para hacerlo más amigable para el lector no académico.

Tuvimos el tremendo honor de que la socióloga y profesora María Emilia Tijoux

escribiera el prólogo que acá reproducimos íntegramente. También contamos con el apoyo de Nacho Bustos y Maos de la productora Diminuto que nos ayudaron con el book trailer, tal como ya lo habían hecho con nuestro lanzamiento anterior: 91, que fue publicado en 2016.

El lanzamiento estaba programado para el día 16 de octubre, conmemorando lo que llamamos el Día del Desprecio: cuando en 2011 Colo-Colo visitó a Universidad Católica en su estadio San Carlos de Apoquindo, y detuvieron a los hinchas albos que se acercaran al barrio alto. Lamentablemente, debimos mover la fecha a causa porque

ese mismo miércoles Colo-Colo jugó en el Monumental contra Huachipato.

Así que el jueves 17 nos juntamos en Libros de Ocasión, quizás la librería de libros usados más grande y más linda de Santiago. Sus dueños, Patricia y su padre, el Don, son tremendos colocolinos y se mostraron muy felices de recibirnos. Esa semana ya estaban en marcha las fuerzas que desembocarían en el viernes 18 de octubre: el lunes los estudiantes comenzaron con las evasiones masivas del metro, y el gobierno ya había militarizado el transporte con la torpeza a la que nos acostumbró.

En el lanzamiento nos acompañaron Álvaro Bley, sociólogo, escritor, y parte del movimiento de hinchas cruzados Alta la Frente y Patricia Espinoza, profesora guía de Christian y crítica literaria en el diario Las Últimas Noticias.

En marzo de 2020 tuvimos el agrado de presentar el libro en las dependencias del canal Señal 3 de La Victoria, gracias a la ayuda del grupo Los Antifa, colocolinos de la histórica población. Nos acompañó María Emilia Tijoux en una actividad transmitida en directo por la plataforma del popular medio de comunicación.

## **Aunque nos digan: Reflexiones sobre la construcción del «otro»**

*María Emilia Tijoux*

Agradezco a Christian Álvarez por haberme confiado la escritura de algunas páginas que prologuen su libro *Aunque nos digan*, en un momento en que, tanto en Chile como en el mundo, surge un «otro» que produce temor y del cual *se nos dicen* cosas generalmente ajenas a lo que la persona es. Un «otro» que llega de afuera, pero que también está en Chile, es decir, es de antes y de ahora, es el «otro» que produce discursos, escritos, violencias, pasiones, conmiseración y solidaridad. Un «otro» que no es novedad, aunque se quiera ver de ese modo. Un «otro» que siempre ha estado, desde antes de las invasiones, para haber sido usado y luego perseguido, criminalizado, estigmatizado. Pero es desde ese «otro» que grita y salta en

los estadios, canta en las manifestaciones, enarbola banderas en las marchas y entierra a gritos a sus muertos, que este libro se hila para tejer su crítica desde la historia, la religión, la literatura, la antropología y sobre todo la política.

El potente *Aunque nos digan* se expresa en la canción entonada por la hinchada de Colo-Colo, la cual se supone que está llena de «cogoteros, marihuaneros, lanzas», según continúa su letra. Así, hablar del «otro» y del racismo, implica que estos tres «otros», no son más que uno solo, histórica y políticamente fundado. Una construcción que proviene de los Estados y que es difundida, además, por distintos medios que consiguen que las sociedades vean en él —que es el «otro» como un «otro»— la causa de sus pesares y le señalen como un ser que se debe aislar para evitar los peligros que trae.

En suma, este es un libro sobre el racismo. En sentido amplio. Contra el pobre, contra el mapuche, contra el inmigrante, contra el hincha. Porque el capitalismo siempre ha sido astuto para separar clasificando según origen, color, rasgos, situación económica, género, estado de salud, en provecho suyo. Con esa separación, además, asegura la explotación de una mano de obra que mantiene apartada y el extractivismo que precisa desatar. Esto lo consigue gracias a los mitos que sostienen los discursos del miedo con el racismo y el clasismo que operan simultáneamente para castigar y gobernar falsas diferencias.

Es principalmente desde estos dos ejes explicativos: , la clase y la «raza», que el libro invita a reflexionar «diferencias» que no son más que el producto de viejas relaciones de dominación continuamente maquilladas para no perder su esencia. Tal como manifiesta

su autor, hay múltiples sesgos que nos conducen a categorizar a los demás a partir de valores que hemos internalizado hasta hacerlos cuerpo. Pero dichos sesgos han sido contruidos histórica y políticamente, se han ido enseñando, hasta naturalizarse y practicarse en la vida cotidiana.

## **1. «Raza» y racismo**

Si ingresamos en la «raza» y en su fuerza, hace mucho que la antropología examinó las diferencias entre personas y grupos, proponiendo tipologías que señalaban la variabilidad entre poblaciones. Después del siglo XVI, la «raza» se convirtió en un indicador de grupos humanos y desde el siglo XVIII se expresó políticamente, en textos nacionalistas que destacaban la posición de los nobles o en los que argumentaban la existencia de «variedades humanas». Darwin (1900), por ejemplo,

compartía prejuicios racistas de su época desde un evolucionismo que construía jerarquías entre «salvajes y civilizados», para explicar que los europeos blancos eran más avanzados que otras «razas» humanas, pues algunas se habrían desarrollado más. El ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas de Gobineau a mediados del siglo XIX popularizó la desigualdad con la tesis que afirmaba que la especie humana estaba dividida en «razas» jerarquizables (Gobineau, 1937).

El racismo científico era la doctrina que predominaba y fue en ella que se basó la eugenesia para argumentar la importancia que tenía la transmisión hereditaria de facultades intelectuales y morales así como para formular tipos raciales, con el propósito de clasificar a los seres humanos en superiores e inferiores (Galton, 1869). A contracorriente de Gobineau, Anténor Firmin (2011) aclaraba

la ambigüedad de la definición de «raza» y la ausencia de fundamentos respecto a su jerarquización en su ensayo sobre la igualdad de las razas humanas, donde revisó los sistemas de pensamiento de pretensión racista para mostrar que sus conclusiones no eran más que postulados reducidos a la consideración de que unos seres humanos son superiores a otros, porque tienen una epidermis no pigmentada.

Después de la Segunda Guerra, la Unesco recomendaba utilizar la noción de etnia para referir a la población humana señalando que la idea de «raza» debía abandonarse a causa de los sufrimientos del Holocausto. Levi-Strauss (2006) y Franz Boas (1964) criticarían al evolucionismo para manifestar que la diversidad era resultado de distintas circunstancias geográficas, históricas y sociales de la vida y no de la diferencia de «razas» (Levi-Strauss, 2006).

Sociológicamente la «raza» es la ramificación de problemas sociales no aislables, provenientes de una historia colonial y de una economía política que han intervenido en la división geográfica y en la creación de fronteras del mundo social con consecuencias en la vida cotidiana. El sociólogo William Du Bois (1899) criticó a Darwin sobre la supuesta inferioridad que asignaba a los negros, advirtiéndole que las diferencias que argumentaba no eran biológicas, sino que tenían causas sociales. Por lo mismo, estas diferencias no debían usarse para fundamentar distinciones cuya base es cultural. Sin duda, el racismo es plural y se manifiesta de distintas maneras: en el trabajo, principalmente, tanto cuando hay como cuando no; en el arte; en el humor; en la violencia de las expulsiones, castigos, persecuciones, asesinatos o encierros. Es constante en las políticas públicas y en los visados, y puede tener un rostro amable

en la caridad que supone a un sujeto «necesitado» para convertirlo en obediente.

Pero el racismo no debe reducirse únicamente a un sujeto racista específico, pues cada uno de los gestos y los actos que manifiesta precisa ser buscado en una formación histórica-estructural que toma, forma y mantiene componentes que cambian según las circunstancias. Y dado que contiene a la «raza», el racismo remite a rasgos como «pureza» y «superioridad», es decir, a una jerarquía cultural y racial. Como ideología, puede abordarse desde el universalismo que justifica y legitima la dominación a la vez que plantea la creencia en una diferencia natural que determinaría los rasgos culturales.

Según Wieviorka, el racismo también contiene la lógica de la inferiorización que da a la víctima un lugar en la sociedad, siempre

y cuando permanezca en el lugar más bajo y quede confinada a los peores trabajos; y la lógica de la diferenciación, que deja a la víctima aparte, segregada. Entonces, las dimensiones en que el racismo se configura muestran que no hay un racismo sino varios: uno clásico que naturaliza al «otro» desde la biología, apoyándose en la ciencia, y uno reciente que evoca el principio de diferencia para rechazar en nombre de la pureza y promover un relativismo cultural exacerbado (Wieviorka, 2009).

Pero el racismo contemporáneo es más específico, señalan Balibar y Wallerstein: es una relación social inseparable de las estructuras sociales, que progresa en el mundo contemporáneo porque trae consigo desigualdades explicables desde causas estructurales. Puede expresarse en el racismo institucional que categoriza la humanidad en especies aisladas

artificialmente, para hacerlo funcional al capitalismo al adoptar la forma «etnificada» de la fuerza de trabajo que jerarquiza posiciones y remuneraciones. Y articulado con el nacionalismo, devela su paradójica universalidad mostrando que las exclusiones del pasado se transmiten al presente.

## **2. ¿Cuán blancos(as) somos?**

Cuando decimos que somos blancos(as), designamos una diferencia de *superioridad* racial, al igual que cuando decimos somos chilenos(as), pues representamos al lugar social, económico y cultural que el color «blanco» nos otorga al compararnos con un «otro». Así, tras escenas cotidianas que pasan desapercibidas, está de fondo la *nación*, la *nacionalidad* y la *identidad*. Se señala un *estereotipo* o más bien una «normalidad» de la población. Lo «blanco» separa,

establece distancias, compara o divide. Al atar el color a características culturales, psicológicas y sociales para caracterizar lo malo o lo bueno, que abre a un imaginario que nos haría supuestamente «mejores, más limpios, más cuidadosos, decentes o educados», se aprecia una *subjetividad*, es decir, un *juicio situado*, un juicio de gusto, como diría Bourdieu (2012).

En Chile, en el siglo XIX y a comienzos del XX, en un contexto de crisis social sumado a la visibilidad pública de sectores sociales medios y populares, se buscó la constitución del nuevo «nosotros», como versión de una identidad nacional que incorporara discursivamente la figura de una «raza chilena» que consolidara el mito de la homogeneidad de la nación. «Nación y raza» fueron enlazadas explícitamente, hecho que Nicolás Palacios reflejó muy bien en este nuevo discurso al ver en el

«roto chileno» la base étnica de la nación y el fenotipo de la raza chilena, una figura que se consolidó después de la Guerra del Pacífico y que advertía que éramos producto de la cruce de dos razas «biológicamente puras» de carácter patriarcal y guerrero: los góticos, provenientes de España y los araucanos (Palacios, 1918). Se incorporaba al «otro» dentro de un «nosotros» que seguía autopercebiéndose culturalmente europeo. Había que racializar para diferenciar.

Como cuando Colo-Colo jugó contra Universidad Católica en San Carlos de Apoquindo, pero sin hinchas, a petición del Municipio de Las Condes y el acuerdo del club universitario. Porque el juicio de gusto opera por el cuerpo (o por una camiseta), considerado más o menos bello, más o menos aceptable o, simplemente, desconsiderado. El «roto», otrora convertido en héroe es hoy

un poblador, un habitante de población, un rostro y un cuerpo de cierto color, «opuesto» a lo blanco. Y aunque lo sea, como en el caso de la «blanca» camiseta de Colo-Colo, siendo hincha de ese club y vistiendo esa camiseta su cuerpo se oscurecerá.

Los comportamientos racializados operan de modo cruzado en intersección con la nación, la clase, el género o el origen, y las teorías de la interseccionalidad ayudan a distinguir procesos de dominación y a reconocer su autonomía relativa, cuando se consideran sus determinaciones mutuas. Entonces, más que concebir los efectos de las distintas relaciones de poder sobre un modo puramente acumulativo, hay que pensar en su articulación y en su interdependencia, porque importa comprender cómo se activa el proceso o cómo es activado por otros modos de alterización y jerarquización con los cuales

se combina. Y ello supone reubicarlo cada vez en escalas de la alteridad. En las escalas verticales como nación, región, comunidad, y en las escalas horizontales como género, clases, «razas».

La racialización refiere a prácticas y a representaciones racistas que, según los contextos, reposan en una interpretación de apariencias físicas que traducen orígenes comunes. Al fundarse en la naturaleza, depende de la herencia biológica y se inscribe en relaciones de dominación/subordinación que constriñen la vida cotidiana. Pero incluso cuando conlleva el proceso de estigmatización que invita a re TRABAJAR e incluso a reivindicar la etiqueta que excluye, hay un punto de vista histórico a considerar, pues todo se inicia con categorías impuestas por el grupo dominante. Entonces, la racialización no

puede entenderse únicamente atada al pensamiento racista (blanco/negro) o a otras distinciones sociales, porque remite a algo mayor: a una alteridad insuperable y potente, porque es una alteridad histórica y política.

### **3. El humanitarismo chileno en los aviones del regreso**

Los aviones que despegan para devolver a inmigrantes haitianos a su país de origen revelan un sueño fracasado y quiebran la conciencia de la sociedad. Cuando se aplaude el «retorno voluntario humanitario» organizado por los especialistas del espectáculo político, la gente sufre y llora, incluso ante las cámaras de la prensa, que apunta con preguntas violentas como: «¿alguien te espera allá en Haití?» o «¿cómo te fue en Chile?». Un notero señala: «espera, no te

entiendo bien» y las preguntas continúan: «¿cuántos son ustedes en tu familia?», «¿hay trabajo en Haití?». Los periodistas gozan, los ministros se fotografían junto a los pasajeros y los voluntarios cuentan sus hazañas de caridad. ¿Por qué ellos/as? ¿Qué es lo que molesta de ellos y ellas a los chilenos? ¿Y al Estado? ¿Qué, exactamente?

Estamos siendo testigos de un escenario donde cotidianamente transcurren hechos racistas y xenófobos caracterizados por la violencia frente a la cual, en ocasiones, pareciera que nada se puede hacer, como ocurre con la violencia de la indiferencia social cuando se castiga a una persona pobre o un inmigrante. Dicha indiferencia surge de un temor histórico, hoy naturalizado, que consigue que alguien voltee la cabeza y siga su paso buscando huir y justificarse diciendo que preferible sustraerse de la

violencia para evitar sufrir. El individualismo profundo que nos corroe, como uno de los productos de la astucia neoliberal, nos ciega, al punto de no pensar que un día nosotros, nuestros hijos, nuestros nietos o las generaciones que no conoceremos podrían convertirse en migrantes.

El fenómeno social de las migraciones contemporáneas es considerado como «problema social» y su abordaje y debate público se centran en reformular políticas de fronteras que desvían la preocupación del Estado y de la sociedad hacia la migración misma y hacia quienes la protagonizan, sin detenerse en las condiciones estructurales que la determinan ni en las particularidades que caracterizan a las comunidades que la conforman. Este hecho, que ocurre en todos los países donde han aumentado los flujos migratorios de personas que buscan una mejor vida, también sucede en Chile

desde los años noventa, cuando se iniciaba el proceso de transición democrática.

La inseguridad de la vida, acompañada de la incertidumbre de un porvenir dado a corto plazo, podemos observarla en el día a día de rutinas donde la obligación de existir obliga a mostrar lo mejor de sí, en el trabajo al que se debe responder, en la competencia llevada a niveles extremos y en el temor al futuro forjado en las desigualdades, confinando la existencia a un rincón de confianza que se reduce cada vez, porque parece que estuviésemos siempre frente a un nuevo peligro. De algo. De algo nunca muy claro, pero que permite —por lo borroso de su presencia— que desconfiemos y nos detengamos en la idea de delincuencia, de invasión, de peligro que nos atrapa. En una pura idea. No en una realidad. Una idea que se localiza como algo en un alguien que no queremos

conocer ni menos reconocer. En un pobre, en un mapuche o en un inmigrante que ideológicamente separamos del extranjero que sí se busca conocer, invitar o presentar. Las fronteras de lo «nuestro» como si fuera realmente propio, en tanto chileno, o sea verdadero porque es nacional, ha producido la ceguera que nos afecta.

El gobierno chileno seguirá enviado aviones para un regreso que responda a su política antiinmigración y de cierre de fronteras. El discurso seguirá amarrado a la hipocresía política y a su contradicción entre estar de acuerdo con que la migración es un derecho humano y decretar el retorno a ciudadanos de Haití que relatan con tristeza el fracaso de su vida en Chile. Es indispensable examinar estas prácticas racistas y al mismo tiempo reflexionar sobre la mirada chilena cuando se detiene en el color, los rasgos o la condición social.

## **Contra la deshumanización**

Se han desdibujado las responsabilidades sociales que otrora nos caracterizaran como sujetos conscientes de la vida de los demás, más allá de nuestra familia. La existencia, entonces, tratamos de vivirla en el rincón nacional que asegure que algunos iguales a nosotros(as) —en una correspondencia universalista que nos supone similares— nos defiendan del «algo» que viene de afuera o que está adentro pero nos resulta ajeno. Es decir, un desconocido —pero que no queremos conocer—.

Este miedo —xenofobia—, que por efecto de la difusión de discursos se termina haciendo práctica, justifica las políticas de securitización y construye siempre enemigos que abren paso a la redacción de decretos, minutas, reglamentos, dictámenes y leyes. Se cree que el miedo

que paraliza podría parar al cobijarse en el comunitarismo o el nacionalismo que propone la identidad ficticia, es decir, en «lo chileno» como único horizonte donde se encuentra refugio. Una ficción puesta en la frontera que cierra puertas con lo deseable y lo no deseable.

En un contexto de deshumanización generalizada que prolifera, las vidas se administran desde criterios políticos-mercantiles con una selección argumentada en la protección de las naciones y, al igual que en la guerra, el «otro» es declarado enemigo a combatir, y por ello se le niegan y cuestionan sus derechos.

Sin duda el racismo y el clasismo están enlazados y este libro lo demuestra plenamente, entregando un gran material a revisar y difundiendo conocimiento de manera rigurosa. Sin embargo, la esperanza

sigue en pie: con las luchas de trabajadores, con la unidad que llega de la fuerza del pueblo mapuche, con la solidaridad con y entre los inmigrantes, con la historia que ata a Colo-Colo con Alianza Lima, y con la contribución de amigos que han llegado para entregar saberes sobre sus países y con ello empujarnos a reflexionar sobre nosotros mismos.

# VII Anexos

Este proyecto tiene por fin distribuir de manera gratuita algunos contenidos editados en libros que hoy están en etapa de correcciones para sus futuras reediciones. Pero había elementos que no habían sido publicados en formato libro y que consideramos que valía la pena compartir aquí.

*Un pelotazo en la cara* fue nuestro aporte al fanzine Furioso, editado por la Cooperativa de Editores de la Furia, agrupación de la que formamos parte desde nuestro comienzo como editorial, y que fue publicado para dar a conocer nuestra postura acerca de las políticas culturales en medio del estallido

social de octubre de 2019. En ese momento se estaba realizando la Feria del libro de Guadalajara en México, y como cooperativa no quisimos ser parte y recibir apoyo económico para nuestra participación, entendiéndolo al Ministerio de las Culturas como un organismo parte de un gobierno criminal que mata, tortura, mutila, viola y encarcela a un pueblo que se movilizó exigiendo justicia. Este documento fue entregado de manera gratuita en la Feria del Libro de Guadalajara y en la Feria del Libro desarrollada en el Centro Cultural Gabriela Mistral.

*Colo-Colo Empanadas* es una crónica de nuestro amigo Jaime Liencura sobre su visita a un local de empanadas en Berlín, Alemania.

*¿Quiénes son Chile?* reflexiona acerca de la identidad de lo chileno y la popularidad de los nombres Marcelo Pablo y Mirko, a partir de la respuesta que recibimos del Registro Civil, a través de ChileTransparente, sobre la popularidad de esos nombres en los recién nacidos de los años consignados. El texto fue publicado en nuestras redes sociales conmemorando un aniversario más de la obtención de la Copa Libertadores de 1991.

*90 años desde fuera* es una serie de textos que, por su extensión, no formará parte de la segunda edición, corregida y aumentada, de *Colocolino*. Fue publicada en el sitio de *El Gráfico* en 2015 como parte de un conjunto mayor de columnas de opinión

que celebraban el nonagésimo aniversario de Colo-Colo. Se trata de hinchas de otros clubes conversando en profundidad sobre el Cacique.

## Un pelotazo en la cara

Un diario del duopolio comunicacional tituló, en apoyo al gobierno de derecha, que esto no lo vio venir nadie. Pero no es cierto. Lo veníamos avisando hace mucho tiempo: los suicidios en el Costanera Center no eran ninguna casualidad.

En el mundo del fútbol, sin ir más lejos, la teníamos clarita.

Los empresarios abusan, los pacos reprimen, la prensa miente. A veces parece que el fútbol es una burbuja dentro del acontecer nacional y otras da la impresión de que son aquellos que leen el acontecer nacional sin mirar lo que pasa en el fútbol quienes viven en una burbuja. Hace más de una década que los hinchas vienen gritando a los cuatro vientos el despojo de sus clubes a manos de la elite empresarial

que convirtió a la fuerza, y con la venia del poder político, en sociedades anónimas lo que eran corporaciones de derecho privado sin fines de lucro. La ley la redactó el mismo Sebastián Piñera como senador, para verse, un par de años después personalmente beneficiado por su compra de acciones en Blanco y Negro S.A.

Durante el primer gobierno de Piñera se implementó el funesto plan Estadio Seguro, que bajo la engañosa premisa de traer de vuelta a las familias al estadio, dio empuje a un agresivo plan de represión y criminalización de los asistentes al espectáculo deportivo. Se le apodó «estadio vacío» por la torpeza con que dificultaba ir a las canchas, pero poco hincapié se hizo desde el enfoque de su violencia simbólica. El público deportivo pasó a ser sospechoso. En vez de promover la asistencia de familias

rebajando los costos de las entradas o facilitando el acceso por medio del transporte público, lo que tuvimos fueron ridículos episodios de paraguas siendo prohibidos, o denuncias de manoseos indignos como parte de la experiencia estadio.

El hincha del fútbol se acostumbró hace ya un buen tiempo a no creerle a los periodistas, que van a la cancha a sectores privilegiados, lejos de donde obligan a los espectadores a quitarse las zapatillas para demostrar que no están escondiendo nada, como si fuera una redada carcelaria.

Entonces, ahora el país estalla de una buena vez en el descontento que venimos incubando por años de trabajar como zombis endeudados, y a falta de la representatividad que otrora exhibieran

partidos políticos y grupos, por ejemplo, de la Iglesia, una de las pocas banderas que flamearon orgullosas de sí, con las manos limpias de abusos y traiciones al pueblo, fueron las de los equipos de fútbol, tal vez las únicas insignias que un ciudadano actual luce con orgullo.

La aparición de las barras en las manifestaciones de Plaza Dignidad puede alarmar a muchos que, por consumir demasiada televisión, han aprendido a ver a los barristas como un enemigo a temer en lugar de un compañero de clase. A la clase media se le alimenta el temor a los pobres, y pocos representan ese fenómeno como las barras.

Pero ahí estaban. Ruidosas y carnavalescas, sin complejos. Fueron la foto y la banda sonora de un día histórico, pero también representaron un reencuentro: el más

obvio, entre hinchas de colores distintos que convivieron en paz sin acuchillarse unos contra otros. El menos evidente, la sana convivencia entre los cabeza de pelota y aquellos que los desprecian por sus intereses y, sobre todo, por su condición social.

«Pan y circo» se suele decir despreciativamente cuando el acontecer deportivo se toma la agenda noticiosa. Hay en ese término una condescendencia muy poco velada, ya que solo se utiliza con respecto a los intereses del bajo pueblo. Una obra de teatro, el ballet o la ópera podrían recibir el mismo juicio, pero hay algo en el gusto de las masas que pareciera ser automáticamente inferior. Se dedica al fútbol, entonces, como un agente distractor de la conciencia popular. Como si la gente que iba al Estadio Nacional a ver a Colo-Colo durante la Dictadura olvidara

tan fácilmente la madrugada en que un camión de milicos se llevó en calzoncillos a todos los vecinos de su población.

El tejido social de Chile lleva años roto y parte de lo que ha pasado estos días tiene que ver con reconstruirlo desde sus bases. Desde llamar «vecino» a nuestros vecinos y entendernos como parte de una comunidad. Las camisetas de fútbol son parte fundamental de nuestra comunidad y quienes nos enseñaron a temernos y despreciarnos entre nosotros están viendo esa mentira, como tantas otras, explotarles en la cara.

## **Colo-Colo Empanadas: La monumental picada de comida chilena que se luce en Berlín**

*Jaime Liencura*

Kristina es alemana y aunque vive en Berlín luce con orgullo una pechera que dice «Colo Colo». De pronto, escucha que gritan su nombre y reacciona como recibiendo un pase de larga distancia. Por eso, al instante se mueve desde la zona trasera hacia adelante, realizando una jugada que a esta altura ya parece salir de memoria tras horas y horas de entrenamiento. Esquiva las mesas y sillas que aparecen a interceptarla por la derecha y por la izquierda, y se preocupa por la velocidad pues para ella la rapidez es fundamental. Cuando llega cerca del arco de la puerta de su local, levanta la cabeza, mira para ambos lados y pregunta:

—¿Quién me busca?

Kristina Araya Ari no es futbolista pero ya se mandó un golazo: instaló un local de comida chilena en Berlín y lo nombró Colo Colo Empanadas. Para profundizar más sobre el origen de este nombre, vamos a buscarla y apenas ve la camiseta del Eterno Campeón, sabe de qué queremos hablar.

—En Berlín no había ningún lugar de comida rápida con cosas chilenas —dice la dueña de este local ubicado en Selchower Straße 35, barrio de Neukölln—. Hay lugares donde las preparan, pero la mayoría son restaurantes donde te tienes que sentar a comer —agrega. Con un inglés que supera a su español, esta joven que rehuye las fotos explica que vio ahí un nicho que debía ser cubierto: el de los platos más simples de Chile, preparados al instante, para servir o llevar.

Armándose de valor, el 1 de julio de 2016 inauguró esta picada en cuya carta destacan los completos, churrascos, ensaladas chilenas y, por supuesto, empanadas. Todo acompañado de pebre, mayo o ketchup, los cuales pueden servirse en un espacio que además obtiene 31 estrellas en su capacidad de imitar la estética de las populares completerías chilenas de barrio.

La idea se le ocurrió en enero, cuando emprendió un viaje al país de la chicha y la empanada a días de haber celebrado su boda. A modo de luna de miel —y también con el objetivo de visitar a sus padres que son chilenos— voló hasta Chile y, aunque quería recorrerlo de Arica a Magallanes, solo tuvo la oportunidad de pasear por La Serena, Coquimbo, Valparaíso, Viña del Mar y Santiago. Allí se volvió a asombrar con la cordillera y los valles, junto con darse cuenta de que en todas partes se

vendían empanadas y completos, todos tan populares como el fútbol.

Tres semanas después volvió a Berlín, pero la imagen de las completerías y lugares de comida rápida quedaría para siempre alojada en su memoria. Decidió imitar lo que había visto en Chile y, sin dudarlo, instaló su local. Como romper el cero a cero desde los primeros minutos del partido, a la cabeza se le vino un nombre que sabía que podía ayudarlo y así fue como nació Colo Colo Empanadas. Un nombre que, a la hora de apelar a la chilenidad, es un gol de camarín.

—Este iba a ser un restaurante de empanadas y si bien las empanadas son chilenas, cuando uno piensa en esa palabra, uno también puede encontrarse con ellas en Venezuela o Colombia. Entonces, si le poníamos Empanadas, iba a quedar muy

general. El nombre que queríamos era uno que represente al pueblo chileno. Colo Colo significa mucho para la historia porque representa al guerrero que peleó contra los españoles. También es el equipo de fútbol más importante del país. Por eso, cuando hubo que nombrar el local elegimos ese nombre, porque con Colo Colo uno al tiro piensa en Chile. Colo Colo es Chile —dice con orgullo.

Y si bien el público objetivo en principio son los chilenos nostálgicos por la comida rápida de su país, afirma que Colo Colo Empanadas apunta a convertirse en una verdadera pasión de multitudes.

—Un montón de gente no sabe qué es la empanada, sobre todos los alemanes. Pero cuando la prueban les gusta y quedan encantados.

Porque la idea, según nos cuenta, es vender a los chilenos, pero también a otros ciudadanos del mundo. De hecho, indica:

—Acá también vienen italianos, españoles, alemanes y muchos latinoamericanos.

—¿Hinchas de la u?

—De todo.

—¿Y ha visto jugar al Eterno Campeón?

Con orgullo dice que tuvo la suerte de ver el partido contra Audax Italiano del pasado 7 de agosto.

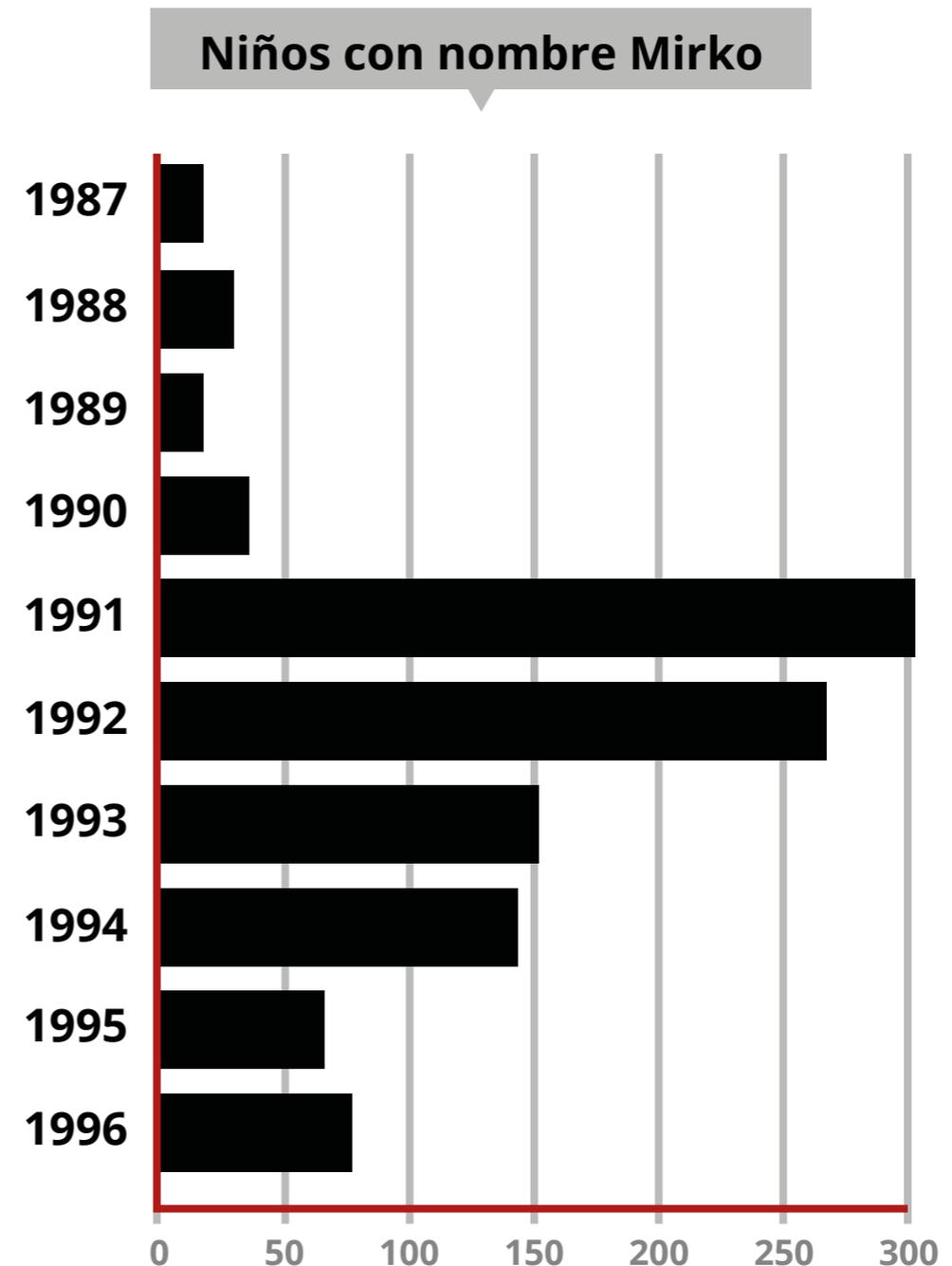
—Justo vi uno que ganaron —comenta, y reconoce que el equipo se parece bastante a su naciente local de comida: que por su empuje y coraje en Berlín como Colo-Colo no hay. Alright y wohl bekomms.

## ¿Quiénes son Chile?

Ya sabemos que Colo-Colo es Chile y Chile es Colo-Colo. Pero corresponde, todavía, preguntarnos no quién somos, sino quiénes somos. De qué estamos hechos los chilenos.

Al hablar de chilenidad se suele recurrir a la tierra y el paisaje. Nuestra canción nacional habla de cordilleras majestuosas, mares tranquilos y campos bordados de flores. Sin embargo, el territorio chileno, por el que hemos estado en más de algún conflicto limítrofe en La Haya, no puede ser lo único ni lo último que nos defina.

La chilenidad es móvil, propensa a cambios e influencias. De lo contrario, no está viva.



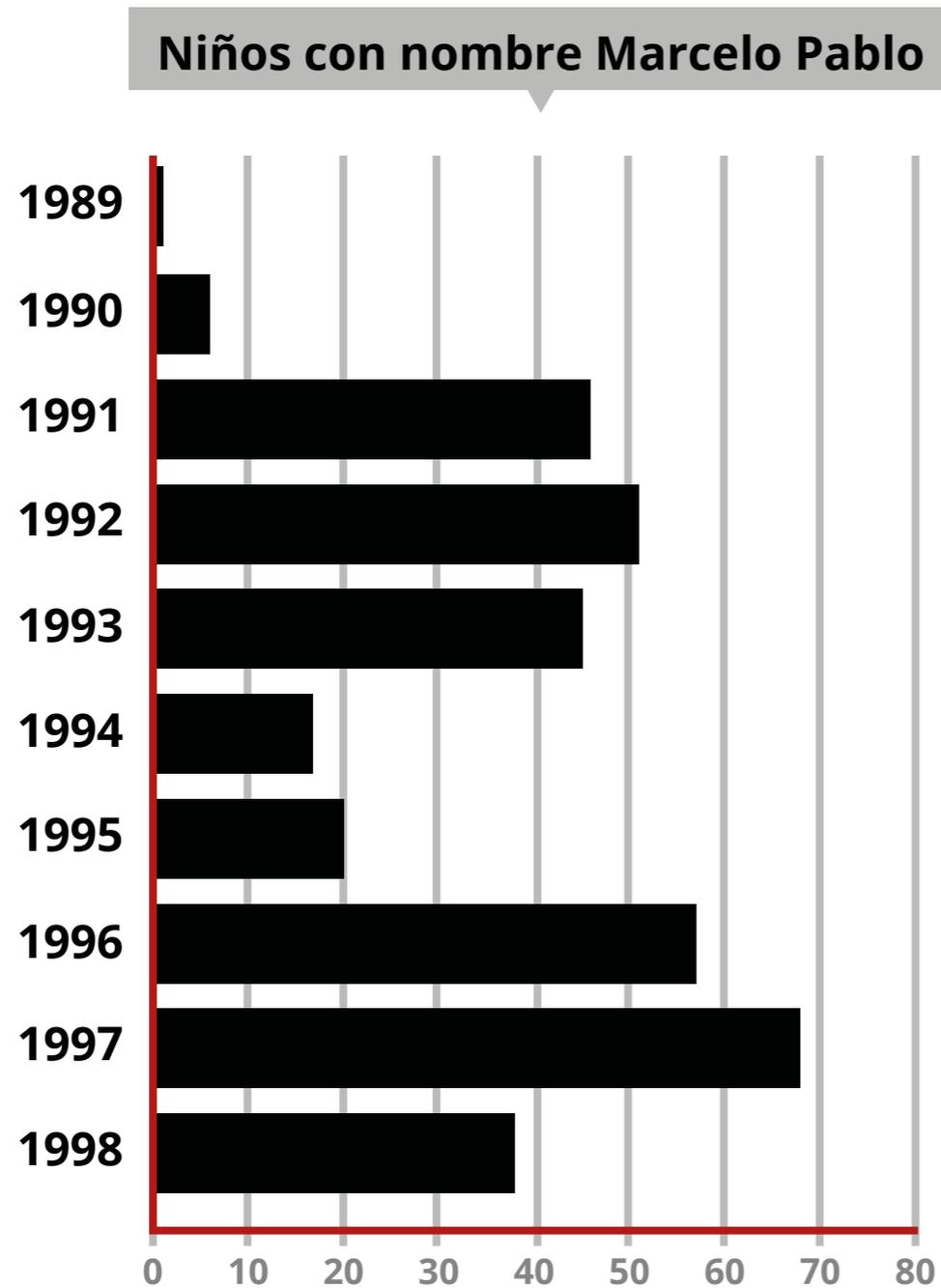
## Mirko

Mirko es un nombre de origen eslavo. Al parecer, significa *el que trae paz* y su popularidad en los Balcanes se debe a Emerico de Hungría (Imre, en húngaro), rey que fue canonizado a fines del siglo XI, en 1083. Fue educado por un benedictino veneciano y su nombre honra a su tío Heinrich, un emperador del Primer Reich, o Sacro Imperio Romano Germánico, nacido en lo que hoy es Alemania, en la región de Bavaria.

Europa ha dibujado y desdibujado sus fronteras tantas veces que ningún límite puede ser tomado como definitivo. Para que Jozic fuese Mirko Jozić, el nombre llegó hacia él cruzando diversos límites nacionales. De hecho, su país, hoy Croacia, era entonces Yugoslavia. Luego él tomó un

avión para llegar a Chile y dejar una marca que todavía no se nos olvida. El nombre vino consigo y, gracias a la gran cantidad de niños que desde esa época lo comparten, llegó para quedarse entre nosotros. De hecho, el impacto de Jozic en Chile es tan grande que una docena de chilenos lleva su apellido —deletreado diversamente— como nombre de pila.

## Marcelo Pablo



Para ningún chileno es extraño el nombre Marcelo. Mucho menos Pablo. No hay nada de peculiar en ellos, pero es difícil que alguien se presente en un lugar como Marcelo Pablo sin que su interlocutor piense en nuestro Barti. Lo mismo con Carlos Humberto, José Daniel, Raúl Elías, Matías Ariel, Esteban Efraín.

Marcelo es una derivación castellana del nombre Marcellus, que es romano. Este, a su vez, nació como el diminutivo de Marcus. El nombre es de la época precristiana (pese a que el Marcos más famoso sea el Evangelista) y podría derivar del etrusco *marce*, cosechar, o bien de *Mārs*, o Marte, que era el dios de la guerra en la Antigua Roma. Aquel dios da nombre al planeta rojo, y está influenciado por Ares, que era

el dios correspondiente en la cultura griega.

Pablo es un nombre que llegó a nuestro continente traído por los españoles. Fueron ellos quienes lo adaptaron del latín Paulus, un nombre utilizado por las familias de la gens Emilia durante la Antigüedad. El nombre, que solía distinguir al menor de dos personas homónimas, venía de un adjetivo para pequeño y humilde. Su posterior popularidad se debe al apóstol Pablo, quien tomó ese nombre precisamente porque indicaba humildad, ya que había nacido como Saulo en su natal Tarso, en la actual Turquía. Eso de adquirir el nombre Pablo también se da en el caso de Neftalí Reyes. Se dice que eligió Neruda por el personaje de un escritor de Gran Bretaña o por un escritor de la hoy República Checa, entonces Checoslovaquia. Aunque cuando nuestro Nobel nació, Checoslovaquia todavía no existía, y esa región de Bohemia

formaba parte del Imperio Astro-Húngaro. Como sea, pese a existir nociones sobre el apellido de Neruda, poco y nada se sabe sobre qué llevó a Neftalí a convertirse en Pablo. Lo cierto es que hay niños alrededor del mundo que han recibido su nombre como homenaje a sus versos.

### **Barticcio**

Nadie sabe por qué Neruda se llamó Pablo, y Barti no sabe por qué se llama Marcelo Pablo. Ante la consulta, responde:

—No tengo idea por qué me pusieron ese nombre de mierda, jajajaja.

Marcelo Pablo es otra cosa. No es ni Marcelo ni Pablo, es más que la suma de ambos. Marcelo Pablo viene de Avellaneda, Argentina, se crió en el barrio de Quilmes

y debutó como futbolista en un club de Parque Patricios, en Buenos Aires. De ahí llegó a Santiago, donde compartió un departamento en Providencia del que iba a entrenar cada mañana a un estadio de la comuna de Macul, aunque cuando el estadio comenzó a construirse todavía formaba parte de Ñuñoa. Fue en ese estadio donde ganó la Copa Libertadores de América, no sin antes dejar en el camarín una carta donde hacía expreso hincapié en las distintas nacionalidades que había en ese vestuario, con chilenos, argentinos, yugoslavos.

Vinieron a una tierra extranjera a dar lo mejor de sí, y se convirtieron en héroes patrios. En el proceso, cambiaron un poco lo que ese país era, lo influenciaron, y en los nombres de los niños que nacieron puede verse que Colo-Colo es un fenómeno social que alcanza dimensiones espectaculares.

A veces es un caso anecdótico, como el del célebre Marcelo Pablo Barti Soto. Otras veces son datos duros, como los que presentamos aquí, conseguidos del Registro Civil a través de ChileTransparente.

Hay más Marcelo-Pablos y más Mirkos que antes. Hay, está claro, más extranjeros que antes. Chile ha cambiado mucho y seguirá cambiando, pero entre las cosas que mantiene están su corazón colocolino y la sonrisa con que recibe cada 5 de junio.

## 90 años desde fuera

### Parte 1

El último capítulo del Municipal de Calama fue una goleada donde nos metieron un 5-2 para coronar toda una era en que meterse a ese estadio era ir a luchar con las tripas para rescatar un empate. Ganar no fue, por años, una opción realista. Por eso fue tan gratificante este tremendo 4-0 que les calamos a los naranjas. Simboliza una nueva época, les inauguramos su nuevo estadio con una goleada histórica sentando las bases de los nuevos viajes, sin miedo, a un Norte que ya no tiene bestias negras. El temor se ha disipado y ya no existe en toda esta larga y angosta faja de canchas de fútbol, en este equipo largo que somos como país, una sola escuadra que ostente superioridad estadística sobre el Cacique.

Sin embargo, no se borrará fácil la memoria calameña de esos años dorados en que la ciudad tenía en su triunfo sobre nosotros su fiesta anual. Vivían para ganarle al Colo. Los jugadores recibían ese mensaje apenas llegaban: contra los albos había que ganar. Y ganaban. Qué lindo debe ser ganarle a Colo-Colo.

La siguiente historia me la contaron en un bar y no sé cuánto se puede confiar de ella, pero me gusta. Me gusta más que la verdad, aunque sospecho que sí es cierta. Un hincha de Everton, vía chat, después de ganarnos la final escribe fuera de sí sobre el éxtasis de ganarle a Colo-Colo. Es que no entendís, repetía, le ganamos al mejor. Al mejor. Campeón de la Libertadores. Le ganamos al más popular, al más ganador, al papá de todos, al que no pierde nunca, al que nació grande, al que está hecho para ganar las finales. Y le ganamos nosotros.

Hicimos lo imposible. El viñamarino sabía que mientras más grande el enemigo derrotado más grande la proeza, por lo que insistía, inspirado, en cantar las loas del Cacique, tal vez confesadas por primera vez en esos términos.

Desde este lado del mito de bar, el cruzado Gonzalo confirma: «Sí poh, es como ganarle al hueón más bacán, al capo del curso, entonces sí es gratificante. No es como ganarle a otros equipos. Están en otras ligas, tienen una Copa Libertadores».

Pero el audino Freddy no lo siente así. «No es lo más bacán ganarle al Colo, sino a la Católica, porque es al que más le duele. Y a mí me agarran pa'l hueveo para sentirse grandes. A los grandes no les importai, pero los de la Católica te pisotean para que no los alcancen, porque están que se caen del sitial de grandes. Colo-Colo es otra

mentalidad. He ido en la micro llena de colocolinos después de ganarles y les dai lo mismo. Hasta te tiran una talla. Por eso no les agarrai odio».

Profundizando en el tema de ganarle al Campeón, el amarillo (canario) Marcos va a otra explicación. «¿Querís saber cómo es ganarle a Colo-Colo pa' un hueón de Quillota? En los pueblos chicos todos los cabros chicos son del Colo o de la U. Hay algunos enfermos que son de la Católica, que es el mismo fenómeno del facho pobre. Y tú no entendís cómo son de una hueá que no ven, es como lo que pasa con la globalización y los cabros que rayan con los japoneses. Entonces, es decirles ¡tenía razón yo, ganamos nosotros, ganó lo que ustedes, monos, negaron! Sin negarlo, claro, porque van a ver a San Luis con la camiseta del Colo. Y también es la raja, porque todo el mundo habla de ti, se da ese reconocimiento. Aunque no se habla de que

San Luis ganó y le hizo un partidazo, sino de que Colo-Colo perdió. Eso va generando un resentimiento del que el Colo no tiene culpa, sino los medios y el huevonaje en general. Puta, si yo fuera del Colo, bacán ganarsiempre. Y bacán ver a mi equipo todos los días en las noticias y que hayan colocolólogos».

El celeste David también hinca el diente en el tema regional. «Es el único grande: la rivalidad con la U me parece ficticia. En cuanto a títulos, copas, partidos ganados, etcétera. En ese sentido el universitario es el verdadero clásico del fútbol chileno, con un equipo laico y otro que, en su origen en Independencia, sería como el Celtic chileno, la clase media católica. Por otra parte, Colo-Colo podría tener su clásico con Cobreloa, representando al centralismo versus las regiones».

Continúa David: «Siempre quiero que Colo-Colo pierda y ganen los de regiones. Siento

que Colo-Colo no se ha hecho cargo de su propia grandeza. En primer lugar, su condición de popular siempre ha resultado de la identificación de los humildes, pero nunca ha nacido del club como una especie de declaración de principios. En materia deportiva, los hinchas se conforman con poco. La comparación resulta patética considerando cuáles son sus rivales. En el extranjero rara vez lo ha hecho bien. Me da la impresión que no se la toman en serio, la propia grandeza que están llamados a representar. Muchas veces han hecho el ridículo y sus hinchas no le exigen más. Se conforman con ganarle a los chicos. Se parece a la vecindad del Chavo, donde las universidades tienen 8 años pero pueden jugar perfectamente con niños de 5. Pero Colo-Colo es un pailón de 17 que cuando sale afuera le sacan la cresta y llega de vuelta a desquitarse con los chicos. Los colocolinos no son muy autocríticos. No soy anticolocolo

y tampoco soy antialgo, solo soy muy provinciano. Colo-Colo no representa valores populares más que en su masividad. No es como Arturo Fernández Vial, que sí los tiene. No hay una declaración de principios. No lo dicen. Y en cuanto a los hinchas rancagüinos del Cacique, tengo la impresión de que solo están porque son el más grande, para participar de esa victoria. Creo que pasa eso en todas las regiones, donde la popularidad de Colo-Colo es mucho más grande que la que ostenta en Santiago».

Sobre el tema de los valores extraviados, Marcos dice que «los valores con que se fundó están completamente contrapuestos con los hueones más fanáticos», y el azul Francisco desarrolla el punto: «Por un lado, la imagen, la épica de estos hueones que salieron del Magallanes y quieren hacer su hueá nueva, bajo un gesto que es de deserción absoluta y yerguen su club sobre parámetros morales,

pero lo bonito de esa historia es la ficción, el relato, más que la realidad. Los hueones sentados en un bar, ¡vamos a hacer una hueá nueva!, esa es la parte bonita. La parte más contemporánea es más lejana a esa naturaleza épica del origen. No me imagino a los fundadores restregándoles en la cara a los rivales supalmarés y creo que en ese, no sé si llamarlo exitismo, se pierde caleta lo inicial, un club de caballeros que querían hacer la hueá bien, que querían tener algo suyo. Eso se pierde con el otro perfil. Y ganar 30 copas no te hace más grande desde ese punto de vista, solo te sirve para agrandarte. Wanderers no necesita ganar 30 campeonatos pa' agrandarse porque ya tiene un trasfondo, una historia que lo hace grande. Las narrativas el tiempo las ha ido perdiendo, y cuando tu primer argumento son tus títulos, eso es triste».

Llegamos, sin lugar a dudas, al punto que es más atacado desde afuera. Nuestro triunfalismo, que va de la mano con el exitismo.

«Los colocolinos son apasionados, mueren en la de ellos. Pero igual tengo amigos que admiten que el último torneo la U lo ganó bien. Son bien peleadores, en verdad. Pero la pelean en cuanto a sacar las cosas en cara. Esa es la hueá. Pueden haber ido perdiendo y después ganan y... harto trofeo, gritar y todo eso. Son ostentosos. Sí. Bueno, y qué van a ostentar más que la Libertadores. Creo que a veces hay que estar un poco más callados» reflexiona el azul Fabián. Del mismo color es Juan Pablo, quien afirma «son exitistas. Cuando salen campeón, grande Colo-Colo, y cuando pierden se quedan calladitos. Hablan de la cantidad de títulos y de la Libertadores».

Francisco sigue: «No se puede hablar del colocolino como uno solo, es una pregunta improcedente. Van desde hueones como tú, hinchas a nivel patológico, a hueones que se acuerdan una vez al año que son del Colo. En general, es un hincha súper poco humilde. Eso es muy hinchapelotas en todas las esferas de la vida. Un hueón así jode, en todas las dimensiones. Y muchas veces es un hueón que no tiene idea que lo está siendo, eso es más despreciable, y hay muchos que son así. Hay muchos colocolinos que conozco que son muy notorios en su colocolinidad en las redes sociales pero que desaparecen ante las derrotas. Al hincha del Colo lo traiciona ene esa soberbia. Tienen la suerte de que igual el Colo gana hartos, pero tengo un problema con esa forma de plantearse frente a la vida».

Marcos también apunta al exitismo. «Su estadio debería estar siempre lleno.

Siempre hay un hueón que quiere ir. Si hay tanto colocolino, hace ruido que no todos los partidos se jueguen a estadio lleno. Es una hueá matemática. En Santiago debe haber al menos 2 millones y medio de colocolinos, aunque yo creo que son más. Y es una hueá transversal: conozco a flaites y hueones cuicos que son del Colo, entonces debería ser como Boca, que la Bombonera siempre está llena».

Sin embargo, otros ofrecen otra perspectiva, como Gonzalo: «No. Exitistas no. Quebrados sí. Hay cierta inclinación a ser agrandados, pero tienen con qué. Tienen fundamentos para eso». Freddy también agrega una reflexión. «Puede haber exitismo, porque el triunfo lleva a eso. Les pasa a todos, incluso a nosotros, que cuando estaba Labruna jugábamos a estadio lleno. Pero no son más exitistas que el resto. Hay algunos que están

siempre. Hay tanto colocolino, que hay de todo. Como son tantos no sabís cómo identificarlos».

El siguiente referente en la lista de los defectos colocolinos me sorprende al ser negado por la gran mayoría: nuestra condición de flaites. Solo Fabián recoge ese guante: «Siempre me pasa esa hueá. Pero no es por ser clasista, para nada. Pero para mí los de la U no son tan flaites, porque igual lo viví. Pero los del Colo me provocan cierta inseguridad, como desconfianza. Sé que es una hueá demasiado subjetiva, pero siento que sí. Tal vez al ser, como ustedes dicen, el Popular. Bueno, lo popular, ¿dónde está? No está en el barrio alto».

Marcos difiere. «Pese a que el estereotipo es muy chistoso, y yo también me río, no es uno que tenga integrado, como sí lo

tengo con los cuicos y la UC». Y entonces, Gonzalo sorprende al responder si somos flaites. «No todos, yo encuentro más flaites a los hueones de la U, me da la impresión de que son un poco arribistas».

Pero si no es ese, entonces debe haber más flancos por donde entrarnos, por donde apuntarnos con el dedo. Dejémoslos hablar. Marcos:

«Colo-Colo representa, más que a Chile, a la idiosincracia del chileno. No tanto en la huevada de la pasión y todo eso, esa hueá es marqueteo de la Teletón. Más bien en que el chileno subraya muchos gustos por una hueá que no le gusta tanto. En ese sentido, puede representarlo en positivo también, en sus bondades, en que cuando se propone algo lo hace, como cuando le ganó al Mineiro en el Monumental. Pero la mayor parte del tiempo representa al

Chile común con todos sus grises».

Francisco derriba mitos al responder la pregunta sobre si el Cacique es el más popular. «Sí. Con todo lo bueno y lo malo que implica. Imagino que están contentos de sentir que son un club popular. Lo malo es que claramente no es sinónimo de ser bueno o mejor. En general, la opinión mayoritaria es la equivocada, lo que no significa que esté tirando el silogismo de la hueá. Se puede malentender súper fácil la popularidad de Colo-Colo. Para mí, el hincha que dice que es de un equipo pero en el fondo no vive el club de manera contingente ni de ninguna forma que no sea la enunciativa, que es decir que es del Colo y saber que el Colo juega de blanco y nada más, sé que tú le asignai un valor muy distinto, ya lo hemos conversado, pero para mí ese no tiene ningún valor para vanagloriarse».

Freddy aporta un dato interesante: «El hincha de la U le tiene menos miedo a la frustración. Ustedes le tienen pánico. Quedan pa' la cagá. Por eso están todos esperando verlos caer». Aunque cuando le pregunto qué significa el Cacique para él, nos muestra un aspecto menos visible: «¿El Lloro-Lloro?» responde canchero. «Son los maricones que nos compran todos los jugadores. Le agarrai rabia a que se te vayan todos. Y no a Europa ni a Brasil. Pero es inevitable, les decís Colo-Colo y se pelan al tiro. Después cuando vuelven cómo me van a decir que aman la camiseta».

## Parte 2

Está latente, se siente venir. Es un argumento que espera, resorte tenso, para saltar a toda velocidad, tonto como una piedra, porfiado más que una.

Sin embargo, de todos y cada uno de los hinchas de otros equipos que entrevisté, ninguno respondió con un «sí» la pregunta sobre si nuestro estadio fue hecho por Pinochet. Eso dice mucho. En franca conversación ninguno va a intentar desconocer una verdad ya esclarecida de cabo a rabo.

Sin dudas, el más anticocolino del lote es Juan Pablo. Él probablemente definiría esa característica suya con otras palabras. Cuando le pregunto qué piensa de Colo-Colo apura un «lo peor. Ojalá que pierdan. Que los goleen. Disfruto mucho cuando eso pasa».

El caso es que Juan Pablo hizo su tesis periodística sobre la Dictadura y cómo ella afectó a su equipo. En ese contexto, se informó sobre diversas aristas del quehacer de los milicos en esos tiempos.

Sabe a ciencia cierta que el estadio no lo hizo Pinochet, pero va más allá. También tiene clara la funesta participación de gente como el Juan Eduardo Simián en la intervención de Colo-Colo por parte del grupo económico BHC. Los de siempre, los ladrones de cuello y corbata que llegan, agarran y arrancan.

Juan Pablo se sincera. «Lo del estadio es un mito. Yo antes de saberlo también lo repetía. Pero hoy lo sigo diciendo a veces. Es un mecanismo de defensa para cuando nos huevean por no tener estadio, porque sabemos que es la aberración máxima».

Damas y caballeros, la Fiscalía descansa.

Esto no implica que salga de su trinchera. Juan Pablo es radical en su odio a Sanhueza y David Henríquez, aunque Barti le cae bien. Responde clarito:

—¿Una virtud de los colocolinos?

—No tienen.

—¿Es Colo-Colo el más grande?

Se ríe.

—¿Por copas?

—Por lo que sea

—No. Para mí es más grande mi equipo.

—¿Es el más popular?

—En cantidad de gente... no sé. Aunque ha cambiado en el último tiempo pero creo que nosotros... ¡sí!, ¡son el más popular!

Nos reímos los dos. Es chistosa esa resistencia de los azules a un hecho que

a los demás no-colocolinos les resulta empírico, clarito como el agua. Francisco me responde que la U es más grande. Que quizás cuantitativamente, de más que nosotros lo somos: mayor promedio de éxitos, más campeonatos. Le pregunto entonces bajo qué circunstancias la U sería más grande. «Bajo las mías, poh, obvio», dice, también entre risas.

Algo pasa con ellos, algo que yo tengo muy claro, pero disfruto confirmarlo desde la imparcialidad de gente que no es alba. Adelante, Marcos. Dale:

«La U son el no-colocolo. Y Colo-Colo tiene con qué vanagloriarse, nos guste o no. Pero los hinchas de la U son como la versión pirateada del Colo, la copa que ganaron ellos no es igual. Y la historia pesa, hay fantasmas del pasado que pesan, que hacen que una camiseta pese más que otra.

La supremacía de Colo-Colo en los clásicos en el Monumental no es una hueá física. Si Colo-Colo juega en la Antártica, gana igual. Cuando la U se enfrenta a Colo-Colo no se enfrenta a Colo-Colo, se enfrenta a lo que quieren ser. Que pase Freud. La U se enfrenta a Colo-Colo y a sus fantasmas».

Estudiando el fenómeno, Gonzalo admite que «no lo he pensado detenidamente. Creo que hay otro tipo de miedos. Ellos van a otra parada. “Se las dan de”. Tratan de igualarse. La Cato, al no tener esa gran rivalidad, no va a jugar un partido de vida o muerte, sino uno difícil contra un equipo más. Obviamente es el más ganador del fútbol chileno, pero no le tenemos el mismo respeto. Al final, esas hueás del odio se pueden traducir en un respeto. Se repudian y se odian y toda esa hueá, pero siempre detrás de esa hueá hay miedo».

Gonzalo lo dice tranquilo. No sabe a quién le está respondiendo. No sabe las preguntas que le hice a Juan Pablo dos días atrás, ante la agitación de sus respuestas.

—Ir al Monumental es complicado. Por los accesos, que son para animales...

—¿Sientes violencia hacia Colo-Colo?

—No. Repudio.

—¿Envidia?

—No. No de mí. Obviamente me gustaría tener sus copas, pero...

—Te cambio la pregunta. ¿Existe envidia hacia Colo-Colo?

—Mucha... No mía.

Francisco dice que no sabe lo que les pasa en el Monumental. «Ahí se cruza algo psicológico, el valor de salir a ganar, el David a Goliat. Ustedes lo tienen bien inculcado nomás. No sé. La verdad es que no tengo una respuesta. No hay nada que me haya convencido. No sé. ¿Sabís lo que siento? Más allá de la respuesta futbolera de que Colo-Colo haga sentir su localía, más allá de que la U no sepa jugar esos partidos, que son distintos, más allá de todos esos clichés, yo creo que muchos entrenadores de la U no salen a jugar ese clásico. Yo creo que en estos últimos años Colo-Colo ha salido a ganarle al archirrival, y la U no».

Francisco no va al Monumental, «porque para salir muerto o preso, soy muy cuidadoso», y Fabián cuenta que nunca ha ido a Pedrero. «¿Te da miedito?», le respondo hueviándolo. «Me pasa como una inseguridad [risas], no miedo. Ponte

tú, un año fui a todos los partidos de la U, el 2007, cuando se retiró Salas. Pero no fui al Monumental. Me provoca inseguridad, siento que es casi, no sé, La Bombonera, aunque no, porque ese ejemplo queda muy grande. Es casi como ir a Argentina en cualquier copa internacional, ir a hinchar por un equipo nacional allá».

Le pregunto si se refiere a la tradición histórica, onda, un Estadio Azteca, o al hecho de que sea flaite y peligroso. «Tiene de las dos. Es un 50 y 50, creo yo».

No puedo esconderlo: me encanta que así sea.

Pero hay otros que también disfrutan que así sea. Aquí viene Gonzalo:

«He ido 3 o 4 veces. Puta, lo paso la raja. Es entretenido porque representa un

riesgo. He ido a San Carlos toda mi vida y es como ir al patio de la casa. En cambio allá, te llueven las piedras, se ve como el hoyo, estar ahí es como una adrenalina máxima. Estai mirando pa' todos lados, atento a todo lo que te pasa, desde que te bajai del auto hasta que te vai. Es la raja. Una vez fui en metro, iba lleno de hueones del Colo. Creo que nunca había estado tan asustado, iba mirándome las zapatillas. Esa vez habían unos pendejos de un grupo scout en el vagón, tenían como 10 años. Y todos se pusieron a llorar, porque los garreros iban pegándole a las hueás, todos colgados. También está la primera vez que fui al Monumental, que fue la última vez que mi viejo fue al estadio. Él es del Colo, yo era chico, y fuimos a galería. Quedó la media cagá».

Aprovecho de preguntarle por el hecho de que los cruzados sean el equipo que más

veces ha ganado en el Monumental. Cómo se siente ese orgullo. «No me produce mucho orgullo —dice—, me da confianza en determinados momentos. Como cuando a principio de campeonato miraste el fixture y me dijiste que ojalá la Católica no llegara con opciones a jugar ese partido. Y así fue, calcado».

### Parte 3

«Es que Colo-Colo está marcado en los ghettos» dice Freddy, volviendo al tema social. «Es una hueá que no te podís sacar. Yo soy del barrio Los Navíos de La Florida. Había una madre, uno del Audita, una monja y todos los demás eran del Colo. Pero todos-todos. Hasta los perros tenían nombres de jugadores del Colo, con eso te lo digo todo. Y se hacían carretes por todo: por las celebraciones, para ver los partidos, por las finales, todo».

Al fin de cuentas, volvemos a salir por donde entramos. ¿Qué es Colo-Colo?

«Es un equipo que tiene una bonita historia. Tanto de jugadores muy nobles, como David Arellano, dentro de su condición de desertor —que en su condición de desertor fue bien honorable la hueá que hizo, que morir en la cancha ennoblece más su historia—, como de hueones muy despreciables, como Sanhueza, de los contemporáneos», responde Francisco.

¿Qué es lo mejor de los colocolinos?

«El fervor con que siguen la hueá» apunta con seguridad Marcos. Le replico que todos los hinchas siguen a su equipo con fervor. «No, pero el fervor del Colo es diferente. El fervor de los hinchas del Colo solo lo he visto en los hinchas del Wanderers, y son dos equipos que se parecen caleta. Por el

fervor y por el aprovechamiento que los poderosos han hecho de esos equipos. Su propio arrastre los hace herramienta para los poderosos. Y siendo más talibanes, son paradójicamente más permeables a las sinvergüenzas de todo tipo».

¿Y por qué ganamos tanto?

«Porque es el pionero en Chile en hacer las cosas bien, y de alguna forma la hueá va perdurando. La historia pesa y las estadísticas pesan». Más duro es Freddy: «Porque tienen plata». Luego, aventura otra teoría: «Su fortaleza está en el colador que tienen con respecto a que todos los jugadores quieren estar ahí, tanto de inferiores como de otros equipos. Y, bueno, la exigencia de la misma gente y la historia los empuja a ganar. No cualquiera puede entrar a Colo-Colo, más allá de que haya paquetes de vez en cuando. Y cualquier

hueón sueña con llegar a Colo-Colo después de marcar tres goles».

Como gato de espaldas, Francisco niega que haya alguna magia especial que nos empuje al triunfo, pero le muestro ese no-sé-qué que lleva a la Católica a quedar segunda en instancias decisivas, buscando probar en negativo que sí tenemos algo distinto al resto.

«No sé, hueón. Yo creo que tiene hartito que ver con lo discursivo del Colo, con lo otro que te decía. Hai ido consolidando un relato de estos locos que le ganan a todo, aunque no sea verdad, en el fondo todo eso es ficción. Un equipo que no necesitai ver para ganar, que gana con el nombre, que es invencible en su cancha. Todos estos relatos futboleros que se caen al primer análisis. Lo que sí podría darte es que las historias implican un peso, una mochila pesada,

importante. Y en los momentos decisivos, esa hueá tiene un peso mucho mayor. Son como las películas épicas de deporte gringas, que en la última yarda ven todos los héroes del pasado, y toda su vida, y todos ganan. Y en la UC pasa todo lo contrario, es una mochila cargada de derrotas. En la yarda final piensan no en todos sus ídolos que dieron el paso adelante, sino en todos los que fallaron, y probablemente sí hay algo. Colo-Colo no carga con el éxito, sino con la presión de ser el más popular. La marraqueta y el cafecito, la gente y todo eso. Y los hueones tienden a responder». Asumo que por los hueones se refiere a nuestros jugadores, pero no lo interrumpo.

La historia también es un concepto al que vuelve insistentemente Fabián, como causa y efecto de que seamos lo que somos. «Claramente son historia. Son una parte importante de la historia del fútbol chileno.

También con importante presencia dentro de América, más allá del momento que pasen, siempre es ¡acá viene Colo-Colo! Me llama mucho la atención Colo-Colo, el sentimiento y toda la tradición. Tienen una historia muy rica. Por eso te comentaba el tema cuando hablamos de Campeones de Estampa. Yo noto que ustedes tienen mucha historia que contar, y eso para mí es lo más importante. Como que tienen una mochila bien pesada. Colo-Colo es, primero que todo, historia». Al preguntarle sobre la principal virtud de los colocolinos apela a lo mismo: «la fidelidad a los colores, aunque eso es algo transversal a todo hincha. Pero, más particular a los colocolinos: que saben sobre lo suyo. Están informados. Por ejemplo, hay hinchas de la U que les preguntai qué es el Club Náutico y no tienen ni puta idea. Eso es importante: saber de dónde vienen».

Pero Gonzalo viene, pierna en ristre, y entra en una plancha apuntando a todo lo contrario: «Lo peor de Colo-Colo como institución es que los hueones descansan demasiado en la historia, y a mí esa hueá no me gusta mucho. Pa' mí, como dicen los futbolistas, hay que ir paso a paso. Todos los domingos es algo nuevo. Pa' mí cada partido es una hueá distinta».

Me llama la atención el caso de Gonzalo, teniendo en cuenta la disección de la inferioridad de la U, y la forma en que los azules le dan tres vueltas a la manzana argumentativa para no dar conclusiones que les incomodan. Él, en cambio, respondió a la primera de todas las preguntas que le hice, qué te evoca Colo-Colo, así:

«Envidia. Un poco de envidia de su capacidad para ganar campeonatos. Puta, no tengo idea de dónde viene. Así como tampoco

sé dónde radica la incapacidad de Católica para ganarlos». Quedé plop. Hay en esa respuesta un mérito que es más cruzado que albo. Una gallardía.

En los equipos chicos es más fácil encontrar esa conexión, esa buena onda que aparece en David cuando dice que «sí le tomo cariño al Colo cuando es grande afuera. Además, es el decano. El verdadero Decano. Colo-Colo refunda el fútbol chileno. Marca el camino. Y además tiene sus individualidades. Cómo no respetar a Caszely o a Arellano. Si yo me lo encontrara en la calle le diría Don Carlos Humberto. O cómo no emocionarse con la fidelidad de Barticciotto. Por ejemplo, cuando Matías Fernández nos hizo ese gol, a O'Higgins, uno dice, es un conchesumadre, pero no puedo más que sentir respeto y admiración por ese conchesumadre».

Aunque Francisco tampoco es mezquino al responder sobre las virtudes colocolinas. «¿Su virtud de hincha? Me gusta pensar que desde que dejaron de apuñalarse entre sí en el estadio, hay movimientos que son bonitos, y que van más allá de ir al estadio, y eso lo rescato caleta. Hueás como... comunidad, fuera del margen del narcotráfico, que es una etapa de mierda en todas las barras de Chile y Latinoamérica. Sí es una hueá bacán pensar que hacen otras cosas, que tienen una actividad que va más allá del domingo a domingo. Esa hueá la encuentro rescatable. Eso lo encuentro noble dentro de todo».

Se refiere a Colo-Colo de Todos, y al hablar de nuestro movimiento ninguno de ellos escatima adjetivos como «loable» o «envidiable», y deseos de que «ojalá les vaya bien». Obvio que me siento orgulloso, pero al mismo tiempo me da pena que

todos nuestros críticos y opositores, todos nuestros detractores, nuestros difamadores, nuestras viejas peladoras, estén dentro de Colo-Colo y no fuera, donde se ve más clarito pa' dónde va la micro del momento que vivimos. Y quién es quién.

Tal vez sea obvio, tal vez sea natural la escandalera. Precisamente porque somos muchos. Y el imán de Colo-Colo atrae a buenos y malos. Lo dice Gonzalo: «Colo-Colo tiene esa hueá extraña, como una especie de atracción que hace que todos quieran jugar por ellos». Le menciono a Livingstone, a Figueroa, a Leonel. Pero él tiene un recuerdo mucho más cerca de su corazón: «onda, el Guatón Rozental, que era mi ídolo de pendejo, y creo que el hueón dijo después que fue un error, pero el hueón igual terminó ahí. Es como una hueá media irracional que atrae».

Justo antes de comentarle lo que dijo Beausejour (que hizo inferiores en azules y cruzados) días después de un superclásico en el que anotó un gol, algo así como que era fácil enamorarse de Colo-Colo, él solito va al frente sin miedo ni complejos. «Siendo bien objetivo, el Colo obviamente tiene una grandeza diferente. Tiene otra conexión con la gente. Me tinca que es más fácil encariñarse con el Colo que con otros equipos. Al final, son el Pueblo. La manifestación popular. Para mí, el fútbol es lo mejor que hay. Y Colo-Colo está ligado a eso, a salir a la calle, a la fiesta popular. Colo-Colo es el que mejor encarna eso».

Yo me hubiera esforzado mucho, caleta, y no podría haberlo dicho mejor.

## **Agradecimientos**

Como siempre, queremos agradecer a la gente que participó en este proyecto de diferentes maneras, ya sea dando ideas, entregándonos material o ayudando de cualquier modo en su publicación. A los nombres consignados dentro del libro nos gustaría también sumar a Edmundo Valladares, Ignacio Álvarez, Bruja, Ricardo Cerda, Víctor Bernal, Ismael Rivera y a toda la Cooperativa de Editores de la Furia (CEF).

También queremos enviar mucha fuerza a nuestro amigo Claudio y en su nombre representar a todos los colocolinos que están atravesando momentos difíciles.

*¿Actividades para hacer en casa?*  
***Ser socio de Colo-Colo.***



COLO-COLO  
CAMPEON



COLO-COLO

Olimpico  
PORTUGUES

**GOL TRIS7E**

★ EDICIONES ★